

ANÉCDOTAS EN VERDE OLIVA

Manuel Felipe Zamora "El Curro"



Manuel Felipe Zamora, el Curro, nació el 16 de mayo de 1955 en Cariaguita, un caserío ubicado en las extinguidas riberas de lo que antes fue el río Cariagua del Municipio Bolívar en el Estado Falcón.

Estudió primaria en una elemental escuelita que llevaba por nombre, “La Vega de Cariaguita”. Allí estudió hasta Sexto Grado, hijo de una india de recio estirpe llamada Silvia Cristina Zamora y de un Cabureño nombrado Moisés López García, (Meneco).

A los trece años se largó a la aventura más desconocida por ser humano alguno; se fue a la Guerrilla, que, en la década de los sesenta, tenía como escenario la Sierra falconiana.

De allí se trasladó a pie al estado Yaracuy, luego a Lara, Portuguesa, Trujillo, Barinas, Carabobo, y hasta en la misma Colonia Tovar llegó a acampamentarse. Desde la propia guerrilla se dedica al estudio y la lectura de forma autodidacta.

El Curro fue uno de los últimos jefes que tuvo el Frente Guerrillero que operó en toda la serranía de Falcon y terminó trasladando sus operaciones civiles y militares hacia las zonas campesinas de Portuguesa, Barinas y Trujillo hasta su desaparición a raíz de aplicarse la política de pacificación bajo el gobierno de Rafael Caldera.

A finales de la década de los setenta sale a la actividad legal como militante del PRV – RUPTURA. Luego, a principios de los años ochenta, junto a Julio Chirino (Cabito), Francisco Gamarra (Tabanuco), Douglas Zabala (Marcopolo), Roy Daza, Betty Martínez, Iván Daza (El Chino Daza) y Ali Rodríguez (Fausto) participa en la fundación de la organización política “Tendencia Revolucionaria”.

Con Tendencia Revolucionaria, aprovecha su incorporación a la legalidad y las luchas pacíficas, democráticas y electorales, para reiniciar sus estudios de bachillerato por libre escolaridad, terminando su formación política y social, en la Habana, Cuba, en el Instituto de Estudios Políticos Níco López.

El Curro Zamora desde su estado Falcon junto a luchadores sociales y pobladores, emprende la fundación del actual Municipio Sucre, del cual será su Primer Síndico Procurador. A raíz de la insurgencia del 4 de febrero, acompaña al comandante Hugo Chávez Frías, en la fundación del Movimiento Bolivariano Revolucionario - 200 (MBR 200).

Como dirigente del MBR200 surgió electo Diputado del Consejo legislativo del Estado Falcon, ocasión que le permitió ser presidente de ese cuerpo legislativo. Por diferencias éticas y políticas, entra en discrepancia con su principal líder, quien, en esos momentos, era presidente de la República y resuelve separarse de su militancia en el MBR 200.

Manuel Felipe Zamora, El Curro, se va nuevamente a su Sierra falconiana, la misma Sierra que un buen día, siendo apenas un muchacho, lo vio partir tras una columna guerrillera comandada por el legendario Douglas Bravo. Volvió a la Sierra de sus delirios, donde ahora comparte sus actividades agropecuarias, con la participación, todavía, en las luchas políticas por el viejo sueño de tener una patria liberada.

ANÉCDOTAS EN VERDE OLIVA

Manuel Felipe Zamora
“El Curro”.

Manuel Felipe Zamora
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6275-8
Depósito Legal: ZU2025000189

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

PRÓLOGO

El presente trabajo de Manuel Felipe Zamora, conocido en la guerrilla de las décadas 60 y 70 del siglo XX como El Curro, es un esfuerzo de carácter histórico para dar a conocer a las viejas y nuevas generaciones vivencias sociales y cuentos pueblerinos. El autor utiliza un lenguaje sencillo, ameno, propio de la zona montañosa del estado Falcón.

Entre los objetivos buscados está el de recuperar la memoria histórica en torno al período de lucha armada. Son muchos los guerrilleros olvidados. Reivindicar el valioso y desprendido apoyo de campesinos y campesinas, viejos y jóvenes, que le brindaron a los guerrilleros, en el occidente, centro y oriente del país.

Múltiples caseríos que se mencionan en los tres cuentos ya no existen, unos fueron desaparecidos por la aviación, otros por el temor de sus habitantes a ser torturados, presos o muertos por el “glorioso ejército venezolano”, la Digepol (hoy Disip) y el DIM (ayer SIFA), amén de los cuerpos paramilitares de Acción Democrática y Copey, emigraron con toda su familia a otras regiones. Centenares de hombres y mujeres, pertenecientes o no a las redes de apoyo de la guerrilla, fueron fusilados y sus cuerpos aún no aparecen. El conocido campamento anti guerrillero TO (Teatro

de Operaciones del ejército y el SIFA) que se instaló en Caburé, en plena Sierra, fue el centro de torturas, vejaciones y asesinatos selectivos. Bajo su tierra están múltiples restos de revolucionarios. Otros fueron lanzados vivos a las montañas y al mar desde helicópteros y aviones. Nuestro país, Venezuela, ostenta el fatídico “honor” de haber iniciado, en el mundo, la figura de los revolucionarios desaparecidos. Tal “práctica” fue instaurada bajo el gobierno del “ilustre, democrático y “buena gente” presidente Raúl Leoni, por supuesto, siguiendo las instrucciones del “padre de la democracia”, Rómulo Betancourt y de sus patrones norteamericanos.

Otro factor que contribuyó a la desaparición de esos pueblos fue la emigración de campesinos a las zonas petroleras de los estados Zulia, Falcón (Paraguaná) y otros. También la emigración a la zona industrial de la ciudad de Valencia, estado Carabobo.

El cuento “Los ruidos del río”, es un homenaje al valiente, respetado, querido y digno guerrillero Rider Colina, delatado por un campesino, supuesto apoyo de la guerrilla y a la vez era un sapo, soplón, confidente, el cual, posterior a la muerte de Rider, fue fusilado por la guerrilla.

En “El Seretón de Cariaguita”, encontramos anécdotas, verdades, mentiras, poesía, sufrimiento, alegría, sed de vivir de hombres como Don Santiago, la mujer rebelde, irredenta, cargadora

de la tinaja en la cabeza, donde navegan las cuculebras que nadie ha podido explicar. Ninguna se acerca a la realidad. Es el sueño de nosotros, los hombres, para vivir lo que no queremos vivir.

“El ánima de Campo Solo”, es el enigma, la duda, el espanto, Dios, el diablo, el espíritu que llevamos por dentro, sin saber que es el ánimo que nos encamina hacia el bien o el mal. El recuerdo de los muertos que hay que respetar, querer, recordar, venerar y alumbrar. La mujer, vista en su dimensión exacta y hermosa. Convertida en trampa, en idolatría, en sueños, hecha y deshecha por la morbosidad de la vida. Es el vientre perdido en la infertilidad de los sueños. El amor desglosado en diversas vertientes y, sobre todo, el sexo como una de las razones para vivir.

En todo el libro destaca el amor como protagonista principal, independientemente de la visión que se tenga, compartida o no, de las apreciaciones del autor sobre seducción, fidelidad, coqueteo, traición, sexo, etc.

Nos encontramos ante la veneración a imágenes, el uso de refranes cargados de sentimientos y verdades que caracterizan a los hijos de estos y otros lares.

Se hace presente la perenne disputa entre el bien y el mal desde el origen de la raza humana.

Aparece el uso continuo de metáforas que rememoran realidades y ficciones propias del imaginario popular.

El cumplimiento de la palabra empeñada como principio rector de las relaciones humanas nos lleva a reflexiones y recuerdos de la formación recibida de nuestros padres y antepasados. Principio hoy casi desterrado por la inversión de valores que predomina en esta “sociedad”.

La hechicería, la brujería, la irreverencia y las variadas vivencias que rondan y definen la espiritualidad de nuestro pueblo se despliegan con soltura, a través del lenguaje coloquial.

Debemos recordar y reivindicar con honor a los hombres y mujeres que dieron todo por un ideal. Entre ellos citaremos a varios familiares de Manuel Felipe Zamora que formaron parte del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”: Capracio Medina (+), Virgilio Medina, Francisco Lugo y Fervón Lugo (hermanos), Julio Cueto (+), Moisés Zamora (+), Albonio Castillo (+), Hilario Navarro (Choropo +), Pedro Colina (Jefe de la Red de Apoyo en la Cruz de Taratara +), Rider Colina (+), Miguel Noguera (+), Argenis González, Concepción “Chichón” Higuera (+), Ille Medina y Alirio Landaeta.

Mención especial merece Adolfo Medina, oriundo de Macuca, quien estuvo preso en la cárcel de Sabaneta, estado Zulia. Militante del PCV, fue el primer desaparecido que posteriormente “apareció” torturado y no delató a nadie. Ídem el viejo Manuel, el portugués, a quien hicieron comer

sapo. Torturado por el Teniente Veneno, no delató ya que no tenía nada que hablar. Era inocente. No participó en nada referido la lucha armada. Se fue anciano para Portugal.

Entre las damas, que aún viven, se encuentran Gladys y Lesbia Zamora (Tías de El Curro), quienes fueron desaparecidas y torturadas salvajemente y no delataron a nadie. Detenidas durante seis (6) meses en el campo anti guerrillero TO-5 de Yumare, estado Yaracuy, en el año 1966. Las Montenegro: Ule, Sonia y Coromoto, habitantes del Caserío Los pastos. También sus padres eran apoyo de la guerrilla. Detrás de su casa funcionó un campamento guerrillero.

Es menester reconocer la participación de militantes de Acción Democrática, Copey y URD que apoyaron a la guerrilla en múltiples áreas, tales como: 1.- Ricardo “Cayo” García, cercano a los 80 años, urredista, quien fue Presidente de la Asamblea Legislativa del estado Falcón. Primo hermano de Douglas Bravo. En los carros de dicha institución se trasladaban armas, guerrilleros y materiales subversivos. El padre de El Curro, Moisés López García (Meneco), adeco, para la época Director del Aeropuerto de Coro, donde aterrizaban avionetas que trasladaban materiales para la guerrilla. Meneco apoyaba estas y otras actividades de la guerrilla. Se arrecho cuando dos (2) de sus hijos, Moisés y El Curro, se en-

guerrillaron, siendo adolescentes de 15 y 14 años respectivamente. Además, algunos militantes de esos partidos se hicieron guerrilleros, como es el caso de Miguel Noguera, militante de URD, muerto en el principal combate que sostuvo la guerrilla en Falcón, conocido como el ataque al puesto militar del ejército en El Paso, riberas del Río Mitare, Municipio Petit. Miguel fue fundador del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”. Hay que destacar a Chico Rivero Méndez (Riverito), ya muerto. Era el único voto del PCV en la Sierra. Dueño de un alambique y le suministraba cocuy a los guerrilleros. Aguantó múltiples torturas del enemigo.

Otro héroe olvidado es el Internacionalista Rafael Méndez, de Extremadura, España, quien murió en la emboscada donde matan a Rider Colina. Él representa el internacionalismo proletario, hasta hoy no reconocido. ¿En qué sitio de la historia está su gesto y su gesta? ¿Dónde ubicamos sus estatuas merecidas? Su sangre: ¿Se la llevó el río con sus ruidos, con sus revueltos ecos?, su cuerpo se lo comieron los animales carroñeros: zamuros - zopilotes - bisures - matos y uno que otro corozobo que se dio su banquete con dos héroes de la patria. Los lanzaron, los botaron al recodo del camino de Cámara a la Candelaria, desde una Power, desde un comboy cayeron lo que eran dos cuerpos esperanzados, solicitados, añorados, per-

seguidos, bien hechos y entusiasmados por los sueños de estar a donde no han podido llegar. Conocí a El Curro, en diciembre de 1975, en las montañas del estado Portuguesa, en la parte alta de Tinajitas, bordeando a Sabaneta de Barinas, en ese macizo montañoso que revienta al Páramo de Guaramacal y duerme en La Mesa de Cunaviche, el pueblo del Comandante Falcón, el corredor que el Flaco Prada (Comandante Arauca) le entregó a El Curro para que fuera el “dueño y señor”, cuando nos convocaron a militantes del Movimiento Político Ruptura – Partido de la Revolución Venezolana (PRV) – FALN, a un pleno político - militar, en el cual participaron el Poeta Tito Núñez Silva, Alí Rodríguez Araque (Fausto), Julio Chirinos (El Cabito), Edgar Rodríguez Larralde (El Catire Leo), Elegido Sibada (Mago-ya), Agustín Mejías (Falcón), Manuel González (Ismael), Rafael (Rosendo), Pablo (Enrique), El Gigante, Sombrero Negro, Daniel Buitrago (Antonio Zamora – Camarita), Manuel González (Ismael), Rafael (Rosendo). En este encuentro estuvieron, además, entre otros, Dimas y Dilia Petit, Felipón, Alí Gómez García (Vargas), Francisco Ferrer, el segundo médico (según El Curro) que tuvo la guerrilla, Tabanuco (de quien supe luego que era Rogelio Castillo Gamarra), Amado Bustillos (Renán), Pancho Vásquez, Quintín Moya (El Perio). Expreso mis disculpas a los camaradas

que estuvieron en este evento y no nombro por no recordar y a los campesinos, héroes anónimos, que hicieron posible nuestra sobrevivencia, el cruzar a esos ríos crecidos, de tener comida a tiempo, confidencias, informaciones y seguridad de que el enemigo no nos llegaría. A ellos honor y gloria. Al campesino mayor: Andrés Montaña, el primer suegro que tuvo Navas.

En 1977 nos encontramos nuevamente en el estado Yaracuy, a raíz de la huelga de los obreros de la hacienda La Bananera. La Dirección Nacional del PRV-FALN decidió que me trasladara a San Felipe a dirigir el Movimiento Político Ruptura, ya que militantes y la mayoría de los integrantes de la dirección estaban presos (Abog. Alba Reverón y el Perito. Agropecuario. José A. Leal Carreño) o eran buscados por la policía (Carlos Loaiza, Jesús López, Oswaldo Díaz, los hermanos Gamarra, etc.). El Curro formaba parte, junto con Dimas Petit y Amado Bustillos de la dirección clandestina del PRV-FALN. Me dieron alojamiento en su casa, por tres años, el Prof. Juan Torrealba y su esposa, Milagros Gil, a quienes expreso eterno agradecimiento.

Manuel Felipe Zamora, nació el 16-05-1955 en el caserío Cariagüita, a las riberas del río Cariagua, parte baja de San Luis, Municipio Bolívar del estado Falcón. Hijo de la india Silvia Zamora y Moisés López García, casado con la Sra. Lucre-

cia Chirinos, ganadero e intelectual (hermano del General Gregorio López García y del científico Ibrahím López García). Tíos poetas y escritores como Romito, Agustín García, entre otros. Doña Silvia tuvo 6 años sin saber de su hijo. Estaba “muerto”. Varios militares se presentaron en su casa con la cédula de El Curro y dos manos cortadas de otro guerrillero y le dijeron que eran las de su hijo. Dicho documento lo dejó en medio de una fuerte y sorpresiva ofensiva del ejército.

El Curro fue el Jefe del último frente guerrillero que funcionó en el occidente de Venezuela; el “José Leonardo Chirino”, que fue trasladado del estado Falcón al estado Portuguesa y lo dirigió conjuntamente con Agustín Mejías (Comandante Falcón - Navas). Dicho frente contaba con apoyo en treinta y siete (37) caseríos de los estados Barinas, Trujillo y Portuguesa. Al poco tiempo llegó El Curro a mi casa en Barquisimeto. Sólo cargaba su vestimenta y zapatos. Sin interiores y sin dinero. Huérfano ante la historia. Sin “familia”. Lo alojamos en mi cuarto, que compartí con mi hermano José Vicente hasta que se casó.

No sabía llamar por teléfono. Para hacer sus necesidades fisiológicas se iba en mi carro a buscar monte; ya que no las podía hacer en los baños de la “ciudad”. Lo enseñé a usar los cubiertos, a comer en familia. Mis padres, hermanos y hermanas, lo atendieron como a otro integrante del

hogar. Por ello en repetidas ocasiones le he oído decir que no ha conocido en toda la bolita del mundo a otro amigo mejor o peor que quien suscribe. Se hizo muy amigo de mi padre, José Vicente González Urbina, con quien sostenía largas conversaciones. Papá le obsequió, entre otros, el libro *Vidas Paralelas* de Plutarco que siempre menciona en nuestras conversas, étlicas o no, con amigos comunes.

Entre los recuerdos de esa época destaca la vez que me preguntó cómo se enamoraban a las muchachas de la ciudad. Aprendió rápido.

Desde esa etapa cultivamos y mantenemos una amistad sólida e inquebrantable.

¿Por dónde anduvo El Curro?, ¿En qué andaba?, ¿Qué rumbos de la vida trazaba?

En este y otros libros de El Curro, que serán publicados pronto, nos enteraremos de parte de la historia no contada de la lucha armada del siglo XX en Venezuela, a través del lente de uno de sus protagonistas. Suficientes han sido los años de silencio.

Le agradezco a El Curro el gesto de permitirme acompañarlo en esta nueva jornada que Dios y la vida han dispuesto.

Profesor. Víctor M. González Camejo

DEL CURRO FABULADOR

Nos vuelve a “zamparnos” y esto para decirlo en los términos Curreros, Manuel Felipe Zamora en su mundo mágico y serrano, que en estos tiempos de escritura y recuerdos nos traslada con su inagotable sencillez y sabiduría desparramada en sus escritos fabulados.

“Anécdotas en Verde Olivo”. No sé si lo tituló de esa forma por su pasado guerrillero o por una de las tonalidades que da la Sierra de Falcón cuando el Sol y las nubes hacen de las suyas por esos parajes. El asunto es que con el Curro y sus “Anécdotas” vas descubriendo leyendas y palabreríos que sólo quienes han pateados esos caminos de espantos y sobresaltos conocen.

Que si palabras como Atabusnó, Guerema, Esconsonera o Matejea les parece común o escabrosa pudiera tener o no importancia, el asunto es que El Curro con ese estilo propio de quien desea escribir, aguijonea y escarba sus letras, hechas de una narrativa exquisita, y con ellas te va metiendo en sus entretenidas y asombrosas formas de echar sus cuentos y leyendas.

Los ruidos del Río, El Seretón de Cariaguita y El Ánima de Campo Solo, son los distintos senderos tomados por El Curro para reflejar su mundo y contar historias de una forma personal, a su

modo de ser y en su intento por ordenar el caos de la realidad que por esos montañones y caseríos, quienes allí habitan son los protagonistas de una vida que crece y se desarrolla curadas de espantos, magias y ánimas solas.

De la manera como se escribe en la literatura cada autor va reproduciendo mucho de la vida que ha vivido; y eso, es lo que nos deja el Curro en su Obra “Anécdotas en Verde Olivo”.

Del Curro escuchador de cuentos y fábulas en su vida de niño allá en su pueblo hasta El Curro corriendo detrás de unos alzados en armas que una vez también pasaron por el frente de su casa gritando “Luchar hasta vencer” están hechos estos pasajes explyados en estas páginas.

Vamos entonces ahora con este Curro fabulador a meternos montaña adentro, en la magia de su escribidera que lo lleva muy ocupado en estos días otoñales de su vida.

Douglas Zabala
Escritor como El Curro... y pá que más.

EL CERETÓN DE CARIAGÜITA

“Lo que ha de suceder es inevitable”

Aquel caserío o villorrio era pacífico y cotidianamente tan tranquilo que parecía eterno. Nada trastocaba o alteraba el constante trajinar de sus moradores, acostumbrados a los quehaceres domésticos diurnos y acostarse con el sol de los venados, cuando las gallinas iniciaban el regodeante ascenso a los copos del cují y el guatacare que les servían de dormidero.

Estaba plantado al margen del riachuelo que le dio su nombre, en medio de cuatro caminos donde una de sus casas hacía una cruz terrenal tomando cuatro direcciones distintas: el primer camino conducía a casa de Erotís, el segundo a casa de Doña Dema y Don Santiago, el tercero a casa de Estefanía y el cuarto conducía al Palenque, donde, en tiempos de verano, hacían una casimba de donde manaba el agua que surtía a sus moradores. A las orillas del mismo había múltiples nidos para humanos donde las mujeres, previa cita, hacían los diversos favores de amor. En el centro de la cruz de caminos la choza de Florentina, a quien llamaban la ambulancia por lo caritativo de sus gestos, conductas y también por lo indiscreto de sus carnales actos. En este último permanecía una cruz de madera carcomida y empolillada que indicaba

el sitio exacto donde años antes había quedado el cadáver de un hombre que en cruento; pero desventajoso combate le asestaron treinta y siete machetazos, catorce puñaladas, tres tiros con un “ochoimedia” y algunas otras menudencias como “toletazos”, “guaratarazos”, etc.

Dicha cruz estaba rodeada de un enigmático bosque de tunas diversas y con el pasar del tiempo la parte horizontal de la misma se había verticalizado formando algo parecido a una “v” mirando al cielo.

Al pie de ésta una pequeña placa de un extraño metal lucía en bajo relieve un curioso letrero el cual decía: “Aquí se jodió un vivo”. El mismo había sido linchado en una cayapa por quienes aquel pretendía despojar de tierras y demás vivencias.

Todos los misterios del lugar, las anécdotas, los enigmas, los diversos cuentos y relatos tenían su punto de partida en la cruz de caminos, por lo que era el lugar temido y respetado, razón por la cual era muy raro quien pasaba de noche o a las doce del día, porque en ese instante anda suelta la “mala hora”. Hay quienes aseguraban ver un hombre elegantemente vestido, todo de blanco, incluso sombrero y zapatos blancos, jineteando una hermosa cochina negra, sin trompa u hocico y con un collar que emitía sonidos tan hipnóticos que quien los oía sentía atracciones imantadas y la cruz de caminos se convertía en algo tan la-

berintoso que lo conseguían girando en un sólo sitio y con los rumbos totalmente perdidos.

Lo más común era encontrar centenares de visures amontonados sin permitir el paso a quien el “misterio” elegía con tal propósito. Fue lo que le ocurrió al viejo Isaías cuando pasaba a las doce “en punto” del mediodía de aquel martes quince (15) de mayo, día de San Isidro. Ese día antes se escucharon los primeros truenos del año. Cuando se acercaba al punto exacto de la cruz sintió que desde debajo de la tierra le “arañaban” las plantas de los pies descalzos. Experimentó una sensación “desmayante” y fascinante. Al compás de la música que se adueñaba del ambiente aparecieron pájaros llamados judíos y se le encaramaban en el “lomo” a los visures que formaron una especie de alfombra de múltiples y cambiantes colores a su alrededor. Los reptiles mayores se impulsaban fijando la cabeza contra el suelo y le pegaban coletazos simultáneos por las piernas, las costillas, los cachetes, las nalgas y uno que otro lo utilizaba como trampolín para deslizarse por toda su espalda desde el cuello. Los visures más pequeños le introducían la lengua por los oídos y la remolinaban internamente con lo cual le causaron un ruido espantosamente crónico.

Todo aquello culminó cuando apareció, por alguno de los cuatro rumbos del camino, un becerro color raro, con la cola y el hocico blanco, el cual

hizo dos (2) gestos y dos (2) bramidos extraños y todos iniciaron una retirada en orden hacia un cerro cercano e intrincado donde los zamuros zopilotes empollaban sus polluelos. Al otro día los moradores del lugar encontraron a Isaías, privado y desmemoriado, después de haber resistido el primer invierno granizado del año que empezó a las doce y cuarenta minutos y terminó a las cinco y treinta minutos de esa misma tarde. No se acordó nunca del episodio hasta una semana antes de su muerte que le relató detalladamente a Monseñor Rivero, en el Confesionario de la iglesia de San Luís, todo lo supuestamente ocurrido. Tenía los ojos hondos. Éste le dijo que ni Dios ni él creían en sueños rastreros y reptiles, sino en sueños celestiales.

Los habitantes del pueblo nunca creyeron el relato de Isaías pero si fueron testigos de las múltiples formas en que se comía alocadamente a los reptiles sancochados, asados, crudos, se tomaba la sangre de éstos como si se tratara del vino bíblico y, lo más curioso, el techo y las paredes de su casa los tapizó con las pieles de ellos, por lo que de noche emitía destellos diversos y de día hacía oleajes multicolores. Cuando murió lo hizo a rastras y bajo la piel de un visure.

Don Santiago acostumbraba a sentarse todas las tardes al lado derecho del portón principal de la casa grande. Allí mismo relataba, la noche del 16

de mayo, día de San Nepomuceno, San Ubaldo y San Honorato, cuando encontró la ropa del Seretón en la cruz de caminos, la misma estaba rodeada de las más espeluznantes incógnitas. Un pantalón color negro desteñado, una camisa teñida con añil, unos calzoncillos hechos a mano con tela de saco de harina de trigo güaremera, un par de alpargatas en cruz y con hilos de colores diferentes, sobre éstos un libro de la “magia negra” abierto en las páginas 131 y 132, en el canal de ambas páginas una cruz fabricada con los huesos de la “pija” de guache y en cada uno de los extremos una pluma de ave llamada “pavita relojera”, la misma emitía su canto a las once y cincuenta y nueve minutos de la noche y terminaba a las cero horas y cuarenta segundos.

Cuando miró la ropa entendió de quien se trataba y comprobó que el dueño de la misma era un aprendiz de Seretón. Éste recordó que alguien, un Seretón veterano supuestamente, le había asegurado que al robarle la ropa a éstos se quedaban convertidos en el animal que habían escogido para “volverse”, fuera zorro, becerro, perro, pájaro, iguana, visure, culebra, burro o mapurite. Por ello no vaciló en tomar la ropa y mudarla a cierto sitio. Tomó el libro y lo ubicó en otro lugar y la cruz de “pija” se la guardó en alguna faldiquera. En medio de cierto rito aseguró que agarraría al “penco” que se había “vuelto” Seretón.

Esa misma tarde había un baile en casa de Erotís; las muchachas iniciaron el temprano coqueteo y los músicos llegaron desde el Caserío Las Masas y colgaron los instrumentos con la idea de habilitar el antiguo “picot” a pilas de tres revoluciones. Los primeros en llegar contaron lo curioso que les resultó un becerro “aplastado” en el camino impidiendo el paso y oliéndoles el “culo” a hombres y mujeres. Lo más “pelañozo” parecía ser un colmillo de oro que éste lucía cuando el olor a sexo le hacía enjetarse mirando al cielo. Nadie quería creer aquello hasta que vieron cruzar al ejemplar por todo el patio y caminando al estilo humano, es más, cuando se le fijaron por detrás le notaron testículos humanos, no tenía verga sino güevas, éste colgaba de forma desgarrada y mostraba una especie de salitre sacralizado.

Lo que más dejó perplejos a los bailadores y músicos fue que los perros bravos del caserío, en lugar de ladrar a tan raro espécimen reventaron las cadenas y atacaron a todos aquellos, incluso a sus dueños, para después iniciar una riña colectiva donde participaron no menos de cuarenta y cinco perros que formaron la algarabía más espectacular del mundo y al poco rato volaban por los aires los rabos de éstos, las orejas, las pezuñas y la casa fue bañada en todo su frente por el más inmundo estiércol perruno. De repente una fuerza invisible tomaba los cuerpos de los perros y los batía

contra el pecho de los presentes, unas veces, otras, los estrellaba contra las mismas puertas de la casa, contra el techo y quedaban aullando sin rumbo y sin pasos fijos. A las mujeres algo raro les bajaba las pantaletas hasta las pantorrillas y aquellas que no usaban le halaban los pelos púbicos, causando alaridos ensordecedores y agudos.

Solamente un perro quedó de la contienda y junto a su dueño observaron el espectáculo sin ser molestados ninguno de los dos. Era el perro de Don Santiago al cual llamaba “volale” y se mostró más bien indiferente al pleito. Sólo un comentario hizo aquel cuando miró a su perro sano y sin molestias: “Ese pendejo nos conoce pero nos tiene miedo; en este mundo nadie sabe quién es quién”.

Lo último que ocurrió fue cuando intentaron empezar el baile. El “toca-discos” inició con una “pieza”, al estilo de los Corraleros del Majagual, llamada la “cañaguatera” y repentinamente éste saltaba de una revolución a otra y los bailantes no parecían darse cuenta, sino que iniciaron un estilo de baile nunca visto en el pueblo y en el mundo. Aquello fue tan “novélico” que el “toca-discos” salió solo y pausadamente, como llevado por algo invisible, hacia el patio y en procesión le siguió toda la gente hasta llegar a la cruz del camino, donde amanecieron bailando e incluso los gallos “organizaron” una comparsa y bailaban con su propio canto.

Cariagüita, así se llamaba el pueblucho, jamás había sido trastocado en su andar hasta aquel dieciséis de mayo. Todo cambió. Hasta los caminos sufrieron extrañas metamorfosis al punto que se volvían veredas de la noche al día y viceversa, a mitad de estos y a pleno sol se encontraban las serpientes, convertidas en un círculo maligno. En cierta oportunidad una cascabel parió en la tinaja de Doña Dema y tomaron agua de aquella donde agonizaba la serpiente con el vientre roto.

Las ollas se mudaban solas de un fogón a otro. Cuando estaban comiendo aparecía un enorme sapo en la mesa “retrucando” la garganta cual corazón enamorado; otras veces oían secretos al oído como aquella tarde en que cenaban Doña Dema, Don Santiago y las tres hijas. A la que llamaban “La Niña” una voz conocida; pero invisible su vocero, le susurró al oído: “Te voy a beber los mios” y saltó de la “silleta” como impulsada por un espanto, pero algo le serenó cuando miró el gesto de su padre quien entendió que el “misterio” le estaba “procurando aquello”. Sin embargo, ella disimuló bien la “inmutación” que le produjo la frase y creyó que era una alucinación y Doña Dema irrumpió el silencio diciendo: “Se va a morir alguno del pueblo porque sentí unos pasos a mis espaldas y huele a un sudor como de burros”. Don Santiago le miró la cara preocupado por la predicción, puesto que la interlocutora

difícilmente se equivocaba en ellas y le dijo: “Ah, que vaya ponde su madre”.

Entrada la noche las tres muchachas salieron hacia el solar de la casa donde acostumbraban orinar antes de acostarse. Cuando “La Niña” se subió la falda y se bajó las pantaleticas, se agachó, le dio soltura al fluido urinario y sintió que algo se colaba entre sus piernas. Escuchó perfectamente el ruido succionador de un paladar que no permitió que sus orines llegaran al suelo. Trató de “cerrar” el pase a medio ejercicio pero no pudo porque sintió que una lengua larga y rugosa le andaba dentro del vientre. Trató de levantarse pero algo parecido a manos humanas le retuvieron por ambos “cuadriles” y quedó en una posición a medias porque no estaba ni parada ni agachada e inició un tramo de placeres juntos ni jamás sentidos, ni experimentados hasta el punto que sufrió un desahogo con algún soponcio hasta perder el conocimiento, el cual se lo volvieron con bebedizos de toronjil, tacamanaca y malaguetas en hojas. No pudo contar lo ocurrido pero a su hermana le dijo a solas que sentía la “cuca essayoná” y con cierto peso adentro. Lo ocurrido esa noche se repitió con tanta cotidianidad que hasta en los medio días, cuando dormía la siesta en el chinchorro, sentía que a su lado se acostaba algo y crujían las alcayatas y soleras, de donde colgaban aquel, por exceso de peso. Ese mismo algo le em-

pezaba a quitar las pantaletas dando la impresión de haber perdido su elasticidad para sostenerse en el lugar indicado. Otras veces ocurría en el pozo del Palenque donde se bañaban con el agua hasta las tetas. De repente sentía que algo desde el fondo del mismo le capturaba introduciéndose entre ambas piernas y aseguraba que aquello poseía una lengua como de perro que le lamía incansablemente y de forma golosa y gozosa hasta el punto que ya se sentía suya y le hacían falta “los favores del misterio”.

Doña Dema llevó infinidad de veces a su hija donde el brujo más famoso de la región entre “Miruco” y “San Lorenzo”. Aquel cuando miró a “La Niña” por vez primera entendió lo ocurrido y dijo entre dientes: “estas vainas nada más se le ocurren a uno el hombre” y le indicó unos amuletos elaborados con varios huesos de aves maléficas misteriosas y tierra de muerto envuelta en piel de nonato. Todo pudo haber funcionado, pero a los pocos días “La Niña” lanzó el “macuto” al pozo del Palenque, porque era allí donde no le gustaba hacer “las cosas” con el misterio por temor a un pasmo o al ahogo en medio de un desenfreno de amor como le ocurrió la última vez que se “margulló refundadamente” buscando “aquello” para que se introdujera en ella hasta lo más hondo. Inexplicablemente a los muchos meses la joven apareció en una casa vecina con dolores esto-

macales y diarreicos, cólicos y calambres musculares. La dueña de la misma preparó bebedizos de “brusca”, “esconsonera”, “matejea”, “malva” y otros. Nada mejoraba. Le dijo: “creo que me cague porque me siento mojada”. La dueña de la casa le revisó y notó algo que la enmudeció y recuperando su aliento dijo: “Mija esa vaina es fuente rota pero di`onde sale si no tienes barriga e preñada”. Buscó a la corta cachube, marutera o partera, “por si acaso”, se dijo. Cuando ésta llegó y entró al estrecho cuarto le sorprendió un muchacho blanco y mirando hacia los lados entre las piernas de “La Niña”. No supieron qué hacer. Solamente la matrona alcanzó a susurrar: “Parió siendo públicamente virgo”.

Ese día de mayo, vigilia de Pentecostés, abstinencias, San Pascual Bailón y Restituta, algo extraño ocurría cuando se acercaron los “arrieros” que vendían longanizas y carnes secas traídas de la “llanada”. Exactamente a las diez y cincuenta y seis minutos de la mañana las cabras estaban dormidas. Se fijaron a los copos del cují y el guatacare, notaron que las gallinas dormían un sueño espeluznante, las bestias y vacas dejaban escapar unos ronquidos pavorosos, tan profundos que los arbustos parecían temblar, hombres y mujeres dormían desordenadamente y en diversas posiciones: sentados, de cucullas, una cocinera quedó con la arepa entre las manos, frente al fo-

gón ardiente un hombre estaba arrescotado a la pared de afuera con el pipi en la mano y un chorro de miao constante y eterno. Solamente los visures entraban y salían por una y otra puerta como únicos dueños de aquello. El jefe de los arrieros le dijo a sus compañeros: “Este mundo anda al revés. En Cariagüita está pegando la peste del sueño y en la “llanada” la peste “el grito”, no esperemos que se ajunten”.

Partió rumbo a “Pela el Ojo”. En este último andaba la peste de la tamborita. Cuando despertaron no tenían noción del tiempo ni de lo que antes eran o habían sido. No conocían el lugar ni su nombre, ni su gente. Ni los árboles eran familiarmente accesibles. No entendían el escándalo de la lora de Doña Dema, llamada “rompehilo”; en los copos de un cardón haciendo malabarismos para escaparse de las garras del gavilán “chiriguare”. Don Santiago, antes de agredir al gavilán, para salvar la lora lo hizo al contrario, le lanzó una pedrada a la lora; pero esta había sido entrenada por él mismo en materia de defensa cuerpo a cuerpo y de objetos lanzados desde lejos. En lo único que no pudo enseñar a la lora era en el arte de hablar, era muda, era hembra, tal vez por ello no hablaba. Pero ese día cuando éste le lanzó el último “tole-tazo” que voló de un ramo a otro ocurrió lo inesperado cuando le dijo desde lo alto: “Compe ñaño deme el culo”. A partir de entonces no pareció ni

muda ni hembra. Don Santiago nunca pudo entender donde se encontraba el objeto solicitado por la lora. Lo más curioso es que el nuevo miembro de la familia pasó desapercibido y fue al único que Don Santiago le ingenió un nombre atávico: Reseco. “La Niña” siguió siendo eso toda la vida y lucía un virgo eterno.

El difunto Cantalicio, así se llamaba el fundador de las casas cruzadas en el camino, tenía noventa y dos años, nunca había probado “cuca” en la vida. Éste decía que aquello no le hacía falta al hombre porque el rifo se podía desahogar por los poros, al sudar trabajando y ello servía para distraerse la mente. Él se ufanaba de ser “niño” e incontaminado, mucho menos pecador. Algo le trastocó la vida cuando amaneció ese día martes corriendo tras las gallinas, desnudo en bolas y con el “instrumento” sexual horizontalmente trazando rumbos y cortando el aire. Capturaba las gallinas y las amaba sin compasión y con mucha pasión les besaba el pico colgándose de la cresta. Luego se golpeaba el pecho y se entumía como queriendo cantar ópera; pero no le salía sino un silbido como de tísico. Toda gallina que capturaba quedaba muerta en saltos desplumados y vomitando pequeñas piedritas envueltas en salivas enigmáticas. Entre saltos mortales se fueron amontonando para morir juntas sin prolongar la agonía de un placer inesperado. El gallo se paseaba en torno a ellas como aproban-

do la terrible espera, hacía gestos de desprecio por aquellas lanzándoles “malos ojos”. Definitivamente se había mariconeado hasta el punto que, lejos de cantar, trataba de anidarle al viejo Cantalicio y se le atravesaba delante agachándose como lo hacían las gallinas antes frente a él. Cantalicio le miró de reojo y le lanzó un punta pié tan demoledor que fue a caer varios metros del lugar en medio de un tecal tan espeso que allí quedó por el resto de sus días. Al pasar los años a este sitio empezaron a llamarle “Gallo Muerto”. Cantalicio “hizo uso” de todos los animales existentes y comía hierbas, tunas, cardones y, sobre todo, el fruto del cují casi se lo bebía. En una oportunidad lo vieron haciéndole el amor a una hicotea que tenía aquerenciada Estefanía en el corral de los cochinos; era tanto su desespero de amor que le “voltió” lo de adentro hacia fuera dando un espectáculo de violencia tácita y mutua. Lograron capturar a Cantalicio tendiéndole un lazo al estilo animal indómito. Lo encerraron en un cuartucho donde había dejado su chinchorro. Allí fue retornando a su tristeza ancestral, empezó a encorvarse nuevamente. Se hizo decente otra vez. Pero la pija no le cedía en sus erectas posiciones y trataba de disimular aquello conversando de perfil con su interlocutor. En una oportunidad se le escuchó decir que el ocultaba un montón de placeres juntos, hasta el punto que en los “pases de luna” lo vieron “doblar” tan en-

demoniadamente que era claro que buscaba algún orificio en su cuerpo para autoamarse eternamente. Así murió en medio de agonías activas y saltos resortuosos. Cuando intentaron vestirlo rompió el pantalón en la bragueta dejando al descubierto “el matador de gallinas” y así lo dejaron. Cuando lo introdujeron al viejo cajón que el mismo había fabricado a su medida, con tablas de cardón, la tapa no podía cerrar por la vertical posición del órgano. Se le afincaron cuatro hombres y fue imposible cerrar la urna. Optaron por abrir un orificio a la medida de aquél aunque le quedara fuera de aquella y de forma horrorosa; pero les pareció peor el haberse-lo cortado e introducirse en “aquella” parte de su cuerpo. Para efectos del velatorio se lo adornaron con ciertos lazos y pinturas labiales. Después de rezar los tres primeros rosarios se levantó de su asiento una señora mayor y desconsoladamente se inclinó sobre el ataúd y dijo: “A mundo Dios ¿y lo vamos a enterrar con su naricita afuera?, dándole besos en torno a la supuesta nariz. Algo extraño fue lanzado hacia el techo y un olor a polvos moribundos impregnó al ambiente. Don Santiago dijo: “¡Que vaina! Hay gente que hasta después de muerta todavía jode”.

El último eco de la campana mayor del templo de San Luís se había extinguido en aquel mini globo serrano entre Macuare, Naguache y El Desengaño, señal inequívoca que Monseñor Rivero había

culminado la misa aplazada por el día del martirio de San Juan Apóstol, San Heliodoro y Benito. En ese preciso instante pasaba el escuálido féretro de Cantalicio, vía al cementerio. Sin pena ni gloria el cura cerró el portón mayor o principal del templo y les dijo a los pocos deudos que ya había hecho la misa por adelantado y que si deseaban colaborar con la iglesia que depositaran “un cobre” en el lugar de la limosna. Don Santiago no le miró la cara al cura porque le “ventió” la trampa en el rostro. Sólo se limitó a decirle a Doña Dema: “Hay que ver que pa’l pendejo to’a vaina es suerte”. El entierro se realizó como todos los de los pobres con la diferencia que en este caso alguien dio cierto discurso culminado con esta frase: “Cantalicio, no es que te vas, sino que te llevan”.

De regreso al pueblo, si así podía llamarse aquello, todos se dispersaron en la misma forma como estaban ubicadas las casas y en cada una de estas encontraron un desorden particular. Los enseres de cocina colgaban de los tirantes o de la cumbrera mayor, los chinchorros y viejos catres lucían sus ancestrales manchas ensangrentadas por chinches y chipos en pleno patio o en los copos de los cujies y cardones. En las salas de algunas deambulaban mapurites nunca vistos y con los colores de la pelambre invertidos e impedían que sus dueños entraran por los olores de sus efluvios. En otras una alfombra de hicoteas y galápagos formaban una

especie de pisos duros e imposible de transitar. Así mismo, veían pasearse arrogante y desafiante al becerro “colmillo de oro”. La única casa que estaba en perfecto orden era la de Don Santiago y Doña Dema. Reseco parecía un huésped honorable y con poder de mando aun teniendo semanas de vida. “La Niña” ni le conocía.

El perro “volale”, después de ser agresivo y aguerrido, se había homosexualizado hasta el punto que las taparas se le fueron frunciendo y para orinar no levantaba alguna de las patas traseras, sino que se “agachaba” con ínfulas de perra prostituida; para ladrar se retorció metamorfóticamente y apenas le salía un gruñido posmo y vergonzante para su dueño, Don Santiago, quien, cansado de tanto bochorno, un día miércoles, a las doce y cincuenta y ocho minutos del mediodía, le ató a un tramojo, lo pasó por entre la horqueta principal del cují mayor de tal forma que ésta dividió el cuerpo de la cabeza de aquél y tomó la “mano del pilón”, la misma con la que sacrificaba los puercos en cada navidad. Se le “durmió” con tanta fuerza que el perro no tuvo tiempo de ver llegar la muerte y su cabeza pareció “sembrarse adheridamente” al cují hasta el punto que fue imposible desprenderla del mismo.

Lo curioso es que el perro quedó con un gesto de risa irónica y rasgos burlescos, por lo que Don Santiago no pudo sentarse jamás del lado izquierdo del portón de la casa grande porque le

perseguía la mirada incisiva de un perro que ya no era el suyo, no era “volale”, ni era nada; pero lo miraba bajarse del árbol, quitarse el tramojo, levantar arrogantemente la pata trasera izquierda y “miarse” el tronco del cují. Éste empezó a secarse sospechosamente. Un día amanecía triste por un lado y alegre por el otro. Después invertía las tristezas y las alegrías movido por el impulso de fuertes vientos que sólo a él tocaban, porque al resto de árboles no se les movía una hoja.

Esa misma tarde a Doña Dema le pareció ver al difunto Cantalicio sentado donde siempre lo hacía, sobre el pilón tendido en la enramada del molino y, sin acordarse que aquel había muerto, le preguntó que cómo había amanecido. Le contestó: “Huunjú.

Cree que yo dormí anoche....huunjú unas templeras el diantre que no las aguanto...ese chinchorro lo tengo puro hueco y me siento como entabardillo”. Allí fue cuando la patrona reaccionó sorprendida porque aquellas no eran palabras de Cantalicio el vivo y se dijo: “Bueno, como dicen que uno después de muerto es otro... y que sale a recoger los malos pasos, sería eso lo que se le olvidó. Se persignó y le recordó a Don Santiago: el día que Ud. mató a su mejor amigo era el día de Pentecostés, San Bernardo de Siena y San Torcuato Témpora”. “Yo no creo en vainas” le había increpado éste con exceso de autoridad.

Las más altas cumbres sentimentales vividas por Don Santiago le sucedieron aquella tarde del 18 de mayo, día de San Alejandro, Venancio y Julieta, también de Pentecostés y fiesta de los judíos. Le había solicitado a Sara un pedazo de su moño como prueba del amor que ésta le juraba antes de vivir con su marido exacto todas las noches, porque los días eran para él. Ella se lo cortó a mitad y se lo entregó como prueba leal de las íntimas infidelidades que cada uno placenteramente imaginaba.

“Mi más hermosa incógnita era tu pelo”. Le dijo con cierto aire de desconsuelo.

¿Por qué le gustan tanto los pelos? Sí a veces más bien estorban.

La vida siempre gira en un pelo... y dicen que “jala más que una horqueta”.

“Ayá usted”. Le remató la conversa como pidiendo una concreción de por lo que había ido.

Así convinieron la cita para las cinco y cincuenta y cinco “en el sanjón del Palenque, del lado arriba del “pozo del duende”, donde está la mata de arreiján, la que es limpiecita en el tronco y tiene sombra, donde nadie mira a uno y podés dejá la tinaja escondía más abajo con el ruadillo a’ entro y te dejás il silvandito de embuste como quien no quiere la cosa, a esa hora no está ningún ñocarajo porai. Tú verás cómo haces pa’ pasá el guasabalar que está en el piedral de la puerta e’ golpe”.

Allí mismo la esperó, donde siempre que lo convenían, se amaban con descaro y delirio. En el tronco del arrejiján había perdido todas las pantaletas, cada vez que hacía el amor con Don Santiago no sabía dónde iban a caer, ya que cualquiera de los dos las tiraba como si no las necesitaría más nunca.

Se le inspiró en aquel amor como si fuese el último. Le recorrió todo el cuerpo en busca de algo que él sabía dónde estaba, quería prolongar la llegada “al sitio”. Se sintió convertido en extraño espécimen y sostuvo a la hembra bajo su cuerpo, sometida en el limbo de una cosa extraña y captó con precisión como su cuerpo no era suyo, más bien nadó en burbujas de sudores múltiples y oliscos y sintió que estaba donde debía estar.

Repentinamente el cuerpo de Don Santiago se contrajo, se le acortó el resuello, se le fruncieron las nalgas, encogió los hombros y respiró hondo, sintió sobre su hembra y sobre su cuerpo desnudo un órgano sexual varón que le “piloneaba” el “tus-tus”, el cuello, “el pescuezo” y se le fue rodando por toda la columna o “espinazo”, le recorrió todo el “canal del lomo” hasta situársele en las dos tapas de las nalgas. Las apretó de forma torturante para ambas. Algo le “cabeceaba” como buscando entrada y captó cierto “babuceo” que le causó repugnancia y arrechera.

Sara captó bajo su cuerpo a su gran macho amirado, no entendió por qué se desvaneció del

todo, cambió el semblante y lo más grave, la virilidad estacante de su órgano se había vuelto una gelatinosa expresión desordenada del más golpeado pudor.

Don Santiago experimentó múltiples sensaciones. No sabía si arrecharse o reírse, si en ese momento era macho o hembra, no sabía dónde estaba su símbolo sexual. En último caso no supo definir si valía la pena seguir siendo hombre.

Pero el instinto le ayudó y la mano zurda se la “atabusnó” al aire de sus espaldas y allí le pegó un golpe al cuerpo invisible de quien le “amaba”. Sacó fuerzas de sus venas erguidas y antepuso una frase ante el rostro de Sara que, impávida, no sabía que ocurría: “Técnicamente estoy cojío”.

Sara, sin entender lo que dijo, le respondió: “No te preocupes por pendejeras”.

Todo cambió para Don Santiago, para Cariagüita, Macuare, Naguache y Guaricure. Nadie ha explicado la escena del diecinueve de mayo, día de Santa Ciríaca y Don Prudencia, cuando dos grupos de hombres armaron campamentos en lugares opuestos a la cruz del camino. Cada uno de los grupos estaba de lo más armado. Para cada uno de los mismos emigraron hombres y mujeres para combatirse entre sí.

Ante los bandos estaba la figura imponente de Don Santiago, quien, entre armas y malos ímpetus, dijo aquella tarde:

“Sí es por mis pecados, bauticen al perro”.

Diversas armas lucían los hombres que antes habitaron el pueblo. En actitud belicosa y con rifos desenfrenados trató de mediar la paz por última vez para el pueblo que ante sus ojos se extinguía. Ese día se les olvidó a qué santo correspondía el onomástico. Se fue San Pascual, San Bernardo, San To' a vaina y, en última instancia, cualquier San Pedro o San Pablo nunca habían intentado conocer dónde quedaba Cariagüita.

En ese momento no sabían que auguraba la triste aurora que, en sus espaldas, presagiaba síntomas de una alborada que dejaba amainar por un ocaso que perdía dirección ante sí mismo. Entre armas y subterfugios hablaban de revolución y de autocríticas, renegaban de todo, hasta de Dios, menospreciando su capacidad de castigo.

Un ardiente sol reseca todo el lugar generando un reflejo abrigado en múltiples especies de tunas. En ese preciso instante ocurrió lo insólito: el día resplandeciente se fue extinguiendo y aparecieron las penumbras de una noche diurna, iniciándose a las dos y once minutos de aquella extraña tarde. Las gallinas iniciaron su ascenso al cujé y al guatacare, los grillos concertaron sus chillones cantos. Los gallos cantaban confusa y prolongadamente. Las luciérnagas y cocuyos se cruzaron relampagueantes e indicaban rumbos que en la “oscurana” se habían perdido. El gana-

do bramaba llorosamente como buscando algún consuelo eternamente perdido.

Pocos perros iniciaron un ladrar casi aullante y de presagios malos. Los gritos y alaridos de aquellos hombres eran tan pavorosos que todo se confundía en un eco profundo y lento, entre los árboles penetraba de tal forma que se particularizaba en cada hoja y rama prolongando el ruido agudo y fino por sobre los vientos causados en la inesperada noche. Las mujeres quemaban incienso y mirras que habían sido repartidos por un cura llevado en lomos de un burro, desde Coro hasta la Iglesia de San Luís, donde dijo la santa misa el once de octubre, día de Nuestra Señora del Pilar. Se arrodillaron mirando al cielo en súplicas verdaderas puesto que el susto impedía simular algún acto fingiendo otro. Los niños fueron metidos en los chinchorros e iniciaron un sueño anegado y asustadizo. Todos los hombres se dislocaron en múltiples rumbos abandonando armas y las ideas rodaron perdidas en medio de espantosas tinieblas, que a ratos presentan destellos de luz en horizontes enigmáticos y cundidos de incógnitas, hasta hoy no resueltas.

A los cuarenta y un minutos fue apareciendo la luz perdida venciendo las oscuras líneas de una noche corta y efímera como ninguna otra, prolongada y desconocida para quienes interpretaron aquello como el más elevado castigo de los

Dioses o del “misterio” letal y fustigante que se había adueñado del pueblo...

Don Santiago trató de “santiguarse” y se le perdió la mano derecha entre la “zurda”, sintió que entre sus piernas algo se deslizaba y cuando miró encontró un perro menudo “chucuto” e insinuando cariño ambos se aproximaron tras el letargo de una alborada que rápidamente empezó a perecer. Recordó el lugar donde había guardado celosa y suspicazmente la ropa del seretón, ya que en medio de la pasada oscurana sintió cuando la Cruz de “pija e guache” se partió en pedazos y rememoró la escena en medio de la cual había encontrado todos los corotos aquel 16 de mayo en que tronó por primera vez en el año. Corrió hacia la inmensa fosa redonda y profunda, construida por su abuelo Agustín con un fin indeterminado y desconocido. A esta no le captaba el fondo a simple vista y sólo se escuchaban ecos múltiples y aleteos de murciélagos aliados con aullidos satánicos.

Trató de bajar al mismo para rescatar la indumentaria y, ante todo, el libro de la “Magia Negra”; pero ladridos perrunos que salían desde el fondo de la fosa impidieron aquello. Eran perros difuntos desde años, condenados por el viejo Agustín a morir de sed, hambre, insolación y soledad por lo que sus almas perraban en las profundidades de una vida inexistente.

Cuando regresó al pueblo no existía nada: ni gente, ni casas, ni vacas, ni burros, ni perros. Todo se había extinguido y exterminado. La gente tomó rumbos diversos y caminos imprecisos. Solamente un becerro antiguamente conocido empezaba a padrotear el rebaño que imaginariamente sies-taba donde antes era la casa grande.

El pueblo se hizo Ceretón y el Ceretón se hizo pueblo. Un grito, eterno y lejano, congeló su eco hasta más allá de sus días.

GLOSARIO

- 1.Arreiján: arbusto
- 2.Atabusnó: saturó
- 3.Captus: arbusto espinoso
- 4.Entabardilla: inutilizada parte del cuerpo: mano, brazo, etc.
- 5.Esconsonera: hierba medicinal
- 6.Guache: zorrillo
- 7.Guasabara: espina enconosa
- 8.Guerema: tela donde venía la harina
- 9.Macuto: contra que le dio el brujo
- 10.Matejea. hierba medicinal
- 11.Nonato: animal muerto en el vientre de la madre
- 12.Pelañozo: peligroso
- 13.Picot: tocadiscos
- 14.Pija. miembro viril
- 15.Seretón: espanto – espectro
- 16.Tacamajaca: hierba medicinal

17.Tecal: sembradío de teco, captus silvestre

18.Tus - tus: la nuca.

19.Ventió: descubrió

20.Visures: reptiles

EL ÁNIMA DE CAMPO SOLO

“Males comunicados remedios saben tener”

Nuevamente encontró a la hermosa y trastocada imagen arrescotada al viejo y comejeneado horcón del antiguo trapiche de la llamada “Hacienda vieja”, cerca de “Cariagüita”, otrora centro de molienda desde “Naguache”, “Macuare”, “El Rancho” y la “Otra Banda”. Esta vez la miró de perfil, casi cubierta la cara con un manto tapándole todo el rostro y deslizaba hacia donde aparecía el bulto superpuesto de dos tetas extraordinariamente cónicas. El largo vestido impedía mirar las piernas, pero algo quiso insinuarle que no intentara mirarlas. En nubarras miradas identificó a quien, por mucho tiempo, se había convertido en casi su sombra. Jamás imaginó encontrar mujer tan bella.

“Mano Demo, enjalme los burros y ensille la mula pa’ que vaya hasta Santa Rosa y la Despedida de Aracua a buscar catorce quintales de maíz, seis almúes de pira, unas ocho canas de sal y unos diez cajones de yuca; no se le vaya olvidar la vela de a cobre pa’ la ánima e’ Campo Solo. Sabe lo milagrosa que es; pero cobra sus apuestas”. Con estas palabras le ordenó el viejo patrón, por enésima vez, lo que ya era rutina para Don Demo: Ir semanalmente desde Macuca hasta la Serranía de Aracua o hasta las Colinas de Churuguara. El

lunes por la madrugada echó al burro “Felero” como campanero, “Tranco Largo” le seguía, el más pollino de rebiate al “Mojino” y entre uno y otro el “Tuerto Patón”; el resto, burros veteranos del camino y amadrinados por la vieja mula de silla que aquel jineteaba aguijoneándole los ijares con una afilada estaca de vera negra, también usada para deshojar maíz. A ésta había logrado fijarla entre ambas suelas de las alpargatas usadas para todos los viajes de trabajo, convertidos en jornadas de placer.

Don Demo, que le vaya bien y Dios lo lleve...”, así le dijo el patrón.

¿La mula la llaman Dios? Contestó aquel con el sarcasmo característico de su ser.

Recuerde la vela pal ánima e’ Campo Solo.

Esa ánima e’ mielta no jalla que hacer con tantas velas y piedras amontonadas en su Cruz. Yo sé la pongo; pero no se la prendo, por si acaso.

Tomó el camino santiguándose al revés y al derecho. Al llegar al Taque, diagonal al fundo de los Jiménez, detuvo el arreo y allí estaba la Cruz vestida con papeles de diversos colores. No sabía por qué la llaman el ánima de Campo Solo. De lo que sí daba fe era de las referencias que ésta tenía en toda la Sierra. Ubicada al margen del camino real y erigida como monumento a lo esotérico y enigma venido del más allá, parecía ser dueña muda de todo aquel ambiente lleno de anécdo-

tas diversas. Ciertas personas juraban verla con los brazos cruzados en todo el filo que está antes de llegar a su santuario. Al verla, los arreos de recuas se dislocaban y botaban la carga, y así ponía a pasar penurias a todos los ricachones de la zona llevándoles a la quiebra. Salvo el patrón de Don Demo, de quien se decía le había vendido el alma bajo promesa de cumplir ciertas demandas, como aquella de entregarle algún súbdito o peón en determinada época del año, preferiblemente el primer lunes de agosto (el día del diablo).

Don Demo sabía de aquello y juró que “él se echaría al pico al ánima e’ Campo Solo”. Hay quienes le veían por las tardes arreando los venados desde la zona de “Cuamay” hasta “La Veguita” y los ensalmaba con cruceto para hacerlos invisibles ante los ojos de sus depredadores. La referencia más pelizorrera la relataba el caporal de “La Matoa”, quien juraba haberla encontrado “miando” en el pozo de Laguna y los orines eran brillantados y fosforescentes hasta el punto que iluminaban por la noche un tubo de luz hacia el cielo. Lo delicado es que al correr del tiempo, donde cayeron sus orines, nacieron especies de plantas muy espinosas, con frutos dulces y desconocidos. La última historia relataba los millares de conejos que le atravesó en el camino al difunto Abrahán, el último Jueves Santo de su vida, cuando mató a uno de éstos en horas del mediodía en el Cerro

de Cutiopa. Fueron tantos los especímenes atravesados en el camino que le sometieron a fuerza de orejazos y le orinaron los oídos hasta volverlo blanquecino y sordo. Aunque corta su vida, tal vez semanas, quedó mirando y oyendo conejos por siempre. Lo curioso fue que al momento de su entierro se inició la conocida Peste de los Conejos. Hay quienes rememoran buenos gestos como el caso de Juan Vicente, a quien le salvó de morir de sed en el camino de “Paso Ancho” a “Los Caracoles”. Tenía tres días perdido y sin beber agua y desmayado, en los estertores de la vida, entre disputas extraterrestres, donde San Pedro lo halaba dulcemente con las hebras de su barba y le acariciaba en su inmenso colchón de nubes acicaladas en una polvareda intóxica. Por el otro el diablo le trazaba caminos encarbonados y chispeantes de candelas camufladas, estornudos de pica-pica y pringamoza sabanera, catarrosas voces de cenizas asfixiantes e indicándole una vereda desértica y llena de cadavéricas escenas donde los zamuros zopilotes servían de presas para hacer caldos aromatizados con cheveves y grillos amamantados por culebras. Cuando casi iniciaba el andar hacia este último camino sintió el puqui-puqui de una tapara que se derramaba en su boca y le corría por el pecho, reaccionando ante la vida. Pudo ver los despampanantes cuadriles de algo parecido a una mujer. Pero no era. Miró

cerca de su cara dos inmensos peñascos cónicos y tubulares parecidos a los senos de una hembra. Tampoco eran. Trató de descubrir su cuerpo hacia abajo y encontró que el hoyo del ombligo era un manantial u oasis de donde salía el dulzor de aquellas aguas que una y otra vez llenaron las taparas de su alma para derramarse en un viaje de ensueños. Trató de explorar hacia el pubis de la hembra, e incorporándose, sólo encontró la espesa montaña del “Cerro el Papo”, en la Serranía de San Luis.

Se apeó Don Demo de la mula, se introdujo la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón y miró la vela del encargo, era de las más pequeñas, delgada y de un color pavoroso. La lanzó al pie de la Cruz Mayor, la del medio, la miró aquietarse entre las piedras de diversos tamaños que le habían llevado por años viajeros que por allí pasaban, en demostración de respeto y querencia. Eran piedras “lucias” y lisas traídas de otros lados. La volvió a tomar y decidió encenderla con el mismo fósforo con el que prendió un cigarro sin filtro.

Cuando se inclinó para calentar la base donde fijaría la vela miró algunas monedas al pie de la Cruz Menor. Sintió que un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, junto con la idea malévola de tomar aquello aún perteneciendo a un ambiguo y desconocido dueño. Pensó en otra idea y se arrodilló ante la Cruz Mayor y le dijo: “Por

ser voz tan adivina conoces la situación en que estoy. Préstame estos cobritos que de regreso te los pago con la venta de cocuy que dejé fiao la semana pasada. De todas formas la que tiene es usted, ánima e' Campo Solo, y el que tiene debe darle al que no tiene". Tomó una peseta de dos bolívares, dos monedas de a bolívar, un real y dos medios. Total: cinco bolívares (un fuerte).

Se levantó, observó las monedas y las guardó en la cartera que pendía encadenada al pantalón. Trató de localizar a los burros y no estaban, sólo la mula esperó que montara para salir en veloz carrera que el jinete se sorprendió, ya que nunca pasaba de su lerdo pasitrote. Localizó a lejana vista al arreo de burros en la bajada de "La Veguita". Al llegar a Santa Rosa le pagaron y pagó, descargó y cargó.

Entregó cocuy, recibió dinero, maíz, yuca y pira. Entregó dinero. Hizo el trueque y realizó el mandado.

Al retorno echó a Dios por delante y al burro Felleró "atrás". Del cocuy que fue a vender compró un litro de avío pal' camino e inicio un beber aligerado y consumió aquel litro íntegro, por lo que detuvo al penúltimo burro en el cual traía una garrafa llena y extrajo el litro y arreando burro al camino y cocuy al sentido. Sintió cierta dificultad para montar a la bestia, lo hizo con la ayuda de una pequeña loma de donde se impulsó y cayó

al tereque arreando con un silbido burrero. Así bajó en trancos cortos y tragos largos el sitio de Campo Solo. La hechicería del cocuy le impidió saludar a la Cruz. Menos recordó la deuda. En la quebrada del Taque le provocó orinar, por lo que se apeó de la mula y la ató a una úveda al margen del camino. Al terminar la operación orinó e inició la abotonadura de la bragueta; sintió a sus espaldas un resuello corto y femeninamente delicado. Allí estaba una joven señora, campechana en sus modales, casi oculta su cara, largo camión que, apretado en la cintura, no dejaba lugar a dudas de la esbeltura tímida y marcada de su figura. Le saludó aquel hombre y como respuesta recibió algo parecido a una sonrisa. Trató de tomarla por la mano y ésta rehusó el acto sin reproche alguno. Le preguntó para dónde iba y le respondió, con un gesto, hacia el Sur, por lo que entendió que llevaban vidas en distintos sentidos. La miró de arriba abajo y pudo descifrar aquella figura que parecía imponerse ante el ocaso del día y, al mismo tiempo, parecía esfumarse ante el mismo. Le hizo un gesto de galantería e intentó beber de aquel cocuy hechicero y le pareció irrespetuoso para la dama que ante sus ojos deslumbraba el silencio de los encumbrados sueños de amores irredentos. Sintió un gran tarugo en la garganta cuando intentó pedirle, mediante gestos, algún acto de amor y vio como la mujer empezó a ale-

jarse por cierto desvío del camino. Cuando quedó de espaldas a él la miró, desnuda, ya que el vestido existía solamente por delante. Observó unas nalgas temblorosas y saltonas, algo por él nunca visto; una espalda totalmente lisa y tierna con pecaminosas insinuaciones y le corrió la vista por entre las piernas y logró ver la parte baja de un par de cachetes guardianes de un clítoris que apenas sobresalía de un estuche, que al ritmo del andar ondulaba en zig - zag magistral, exacto, donde se inicia la conformación de unos muslos reposados y dueños del mundo. Quiso correr tras ella porque sintió que el instinto animal se apoderaba de su sexo y miró la mula y en segundos se dijo: “Pagarás los platos rotos”. Pero la mujer se viró y lo llamó con un gesto manual, fue hasta ella, si caminaba tantos pasos el mismo número de éstos aquella caminaba. Hasta que lo internó en un bosque sublime y limpio, bajo un caracaro se detuvo y le esperó de frente. Se levantó el vestido de seda gelatinosa y le insinuó un órgano reproductor tan enorme como las ganas que le entuertaban y fue ella quien le atrajo hacia si misma, allí sintió un soponcio que casi le mata, le temblaron las rodillas y miró hacia sus espaldas logrando distinguir, entre la arboleda, las orejas de la mula en descanso. Apretó duro a la mujer por la cintura, utilizando su mano derecha; ya que con la izquierda sostenía las partes con las que el

sexo desahogaría. Intento amarla (o algo así) de pie. No pudo. Todo se perdía en el aire y en un abismal vacío. Optó por derribarla. No fue necesario, ella se había vuelto dócil y, muerta de amor, se fue echando bajo el caracaro y se abrió esplendorosamente quedando ante él un vientre laxo y fértil como jamás había soñado, se desprendió de toda su ropa sin dejar de amarle; por fin tocó sus senos frágiles, duros y saltones. Ahora estaban allí bajo su pecho peludo y llenos de sudor del amor. Cada vez que se impulsaba se introducía en su cuerpo hasta lo más hondo de sus entrañas y sintió los palpitos de su vientre desahogado, casi captó el fluido que de ella brotaba; en sus oídos retumbaba el eco del gemido, del resuello de un amor desaforado. Pudo sentir los suspiros de placer que ella gemía en su cachete rugoso. Los de ella eran tiernos y sutiles. Cuando se desahogó ella gritó y él le apretó duro hasta que le lanzó todos los disparos de semen guardados desde hacía tiempo sin saber para quién. Ella se contrajo y casi se desmigajó en un polvo duro. El quiso preguntarle o afirmarle si quería un hijo. No hubo respuesta. Todo quedó en silencio.

Le despertó el escándalo de un tereco que se asustó con su cuerpo inerte. Al reaccionar se notó todo ensangrentado y desnudo, el pene desgarrado, desollado, roto y sangrante. Bajo su cuerpo y abrazado aún a ella, una rugosa piedra a la que le

había hecho el amor más ardiente que ser humano alguno pueda imaginar.

No pudo reordenar mentalmente lo sucedido y al incorporarse logró encontrar la ropa en puntos diversos. Miró la piedra amante y estaba húmeda de sudor y otras cosas. La sed que sentía era desértica y sólo el tufo de cocuy le hizo recordar que este último fue el culpable de tanto desafuero.

Todo el arreo había desaparecido, salvo la mula que permanecía sobre un charco de estiércol y miasos acagatinados.

La montó, jineteándola sin demora, tratando de localizar las recuas de burros, burras y esperanzas.

Al llegar al río catorce (14) bestias lucían sus cascos hacia el cielo. Levantó al primero y cuando trató de hacerlo con el segundo aquel se caía, y así repetidamente parecían empujados por una fuerza maldita. Fue en el caer y levantar burros cuando se dijo: “Coño: estas son vainas de aquella ánima el’ diablo porque no le pagué lo que quite prestado, maldita seas, pero te voy a pagar”. Con el mismo ímpetu y el palpito hecho sueño se regresó y se le plantó de frente a la Cruz Mayor. Sin bajarse de la mula le lanzó la moneda llamada “fuerte” y le dijo: “¡Ahí tienes tus cinco bolívares, ánima escomulgá. Por mi seguirás penando, pero no te debo!”. Notó que la vela se había apagado, intentó bajarse y encenderla; pero se dijo: “¡No joda! Al maluco ni candela que es lo más barato”.

Esa otra mañana en el viejo trapiche y arrescota-
da al destartalado horcón alguien le dijo: “Vengo
a buscarte para que me ames como antes”.

El hombre, con la picardía del caliche y el aratibal
en verano, le contestó:

“Me llevarás tú; pero yo no me voy”.

GLOSARIO

1. Almúe: medida de peso antigua
2. Aratibal: arbusto que inutiliza a las cabras
3. Avío: comida y otros pertrechos
4. Caliche: tierra de hombres pícaros. Tipo de arcilla
5. Caracaro: árbol frondoso
6. Cheveves: insectos
7. Comejeneado: invadido por el Comején
8. Cruceto arbusto de ramas y espinas cruzadas
9. Cuadriles: caderas de una dama
10. Cuamay: cerro de la sierra del estado Falcón
11. Felero: burro del viejo Félix
12. Horcón: pilar de madera que sostiene edificaciones
13. La Mata: hacienda ganadera de la zona
14. La Veguita: sitio de la Sierra del Estado Falcón
15. Lucias: pulidas
16. Maluco: mala gente
17. Medio: moneda de Bs. 0,25
18. Miando: orinando
19. Mojino: color de un burro
20. Pelizorrera: término que implica susto, miedo
21. Pica-Pica: monte que pica
22. Pringamoza: monte que pica
23. Real: moneda de Bs. 0,50
24. Rebiate: burro que guía al arreo
25. Tapara: fruto de un árbol que se usa para cargar agua
26. Taque: árbol autóctono de la del Estado Falcón
27. Tarugo: nudo en la garganta
28. Tereco: ave rastrera
29. Tereque: montura destartalada
30. Trapiche: lugar donde se muele caña
31. Úbeda: árbol
32. Zopilotes: ave carroñeras

LOS RUIDOS DEL RÍO

“En la vida todo es posible...depende del ánimo”

Aquella tarde había llovido más, mucho más que la misma tarde del año anterior. Un fuerte “nor-teo” ablandó a la enrojecida tierra que antes estaba agrietada y terronuda por el largo verano que estaba secando lo más hondo de su vientre. La brisa le arrastraba continuamente convertida en polvo sin posadero fijo alguno. Tal vez la lluvia fue tan sorpresiva que a la misma tierra la sorprendió en el aire, ahora convertida en barro amelcochado, el cual no sólo imponía dejar huella grabada, la chaza por muchos días, sino que atenazaba fuerte al calzado, bien fuese alpargatas o zapatos y al pie desnudo, dejándoles pegados a ella con una fuerza tan imantada que el hombre al halar fuerte uno u otro pie se iba de bruces hacia los tecaes de la orilla del camino que conducía hasta la “Laguna del Loro” y de allí al puente que cruza al gran río Mitare.

El olor a tierra mojada era tan incitante que provocaba “amasarla” con los dedos y hasta llevarse una pequeña porción a la boca como cuando niño que se ha comido de ella; ese inequívoco olor salía vaporizado desde las grietas, que haciendo pequeñas burbujas la tierra saciaba la sed inmensa que padecía desde meses o años. Por allí

salían pequeños insectos que iniciaban un vuelo sin fuerza ni rumbo fijo y las pequeñas gotas de lluvia, que aún caían del cielo, se posaban en sus alas derribándoles al suelo convertido en barro, el cual les inhabilitaba como potenciales voladores a unos; otros parecían ganar la batalla y en vuelo de a miles se iban perdiendo entre tunas, case-tos secos, cardones y aves, pájaros de diferentes especies, colores y tamaños que iniciaban el banquete primaveral.

Una avecilla pequeña posaba sobre un árbol “Trompillo”, lanzaba un canto similar a un llanto que entristecía aquel ambiente de júbilo, parecía marginada del banquete y cuando intentaba la captura de insectos un “Corozobo” la estrangulaba de manera ventajista y la “Chirrita” volvió a posarse en el trompillo, que con su tronco, al margen izquierdo del camino, servía de “posada” a dos hombres tan mojados por la lluvia como la misma tierra que casi no los dejaba caminar; ya que cada cierto paso acumulaban tanto barro que debían buscar una piedra o una raíz sobresaliente y refregar sobre éstas la suela de las alpar-gatas para deshacerse de aquel peso “enrillado”, el cual quedaba convertido en pequeños pliegues que al pegarle el sol se convertían en terrones tan duros como piedras.

Entre ambos descansaba una subametralladora tipo MADSEN, calibre nueve milímetros. En

la cintura de cada uno pendía una pistola, marca Browning, también nueve milímetros y la otra, una “luguer” del mismo calibre, las dos con cinco cargadores de refuerzo y la subametralladora estaba provista de una forniture con un no determinado número de cartuchos y cargadores. Uno de los hombres se quitó el sombrero empapado en agua, lo sacudió sobre la palma de su mano izquierda para secarlo, ya que se había vuelto pesado y “malartoso”. La que salía de su “coropa” hasta el marco frontal y bajaba por el “burro” de la nariz hasta sus labios, que sin querer la chupaban, le sabía a él mismo y al hombre son muy pocas las cosas que de sí mismo le gustan porque esos gustos se le dejan a los demás.

Con sus diferentes sabores: agrio, dulce, viejo, nuevo, limpio, sucio, aquel líquido que por su cuerpo pasaba significaba la vida que se había perdido en el verano que dejó al conuco del campesino convertido en un “malojero” reseco y los pájaros tenían tiempo sin hacer el amor, por lo que no se veían nidos con huevos o pichones desde mucho tiempo antes.

Colocó el sombrero sobre la empuñadura de la metralleta, en la cual había grabado sus iniciales, con una lezna al rojo vivo, una R y una C lucían imperecederas. Le pareció que su cabeza descansaba y recibía aquella brisa tan enamorada que pasa después de la lluvia. Se pasó ambas manos por el

pelo hasta desorganizarlo más de la cuenta, como para que aquella le penetrara hasta la raíz del mismo. Sintió que todo el cuerpo le cambiaba. Antes no había sentido frío porque la marcha bajo lluvia, aunque le lavaba el sudor le hacía sentir calor y creyó oír y sentir el ruido de sus poros abriéndose o cerrándose. Miró a su compañero comparando ambos ánimos y la mirada muda de aquel pareció decirle miles de cosas simultáneamente. No le dijo nada. Apretó los labios y tembló mirando el revoloteo de una igüira que casi chocó con alguno de ellos y asustó a las demás aves que estaban cayapeando a todo insecto que volaba esa tarde en que el sol, rumbo a Pecaya, iba volviendo las sombras más grandes hacia el este.

“La Chirrita” voló de un ramo a otro del mismo árbol, tal vez asustada por lo de la “igüira” o en un ejercicio normal de sus instintos y quedó verticalmente directa al sombrero del hombre de la metralleta y le soltó una minúscula cagada, tan minúscula como el orificio por donde había sido expulsada.

El hombre oyó el “taqui” del impacto de aquella “mierdita” sobre la frente del sombrero y la miró tan adherida al mismo que dio la impresión de cierto distintivo formado por varios colores que artísticamente integrados parecían lo idílico de abstractos y desconocidos sueños. Sintió cierta rabia que le hizo incorporarse como impulsado por un extraño resorte. Sin darse cuenta que la piedra

que le servía de asentadero rodó hacia lo hondo del camino, dejando detrás de sí cierto rastro que inició desde un pequeño hoyo, el cual había quedado completamente seco gracias a la protección de aquella, bajo la cual tenían su vivienda bachacos, “cunuchos”, chubicos, gusanos, cachicamitos y una que otra lagartija, quienes salieron corriendo a ocultarse en el impenetrable tecal.

Miró hacia arriba y consiguió a la indefensa “chirrita” sacudiendo su plumaje y picando en su colita como buscando el alivio de una pena que sintió al observarle la mirada a aquel hombre, a quien de golpe la arrechera se le convirtió en un titubeo de cierta dulzura y dijo casi inescuchablemente: “No todo lo que Dios hace está bien hecho”.

Aquel animalito era casi perfecto en su mundo y voló lejos por sobre los cogollos de los cujiales en dirección a San Luis, como buscando encontrarse con la neblina que empezaba a bajar la misma sierra sin hallar, al parecer, dónde detener sus helados talcos.

El otro hombre le miró y sonriendo le contestó: “Ni todo lo que dice el hombre está bien dicho”. Por sobre la fila del zabilal empezaba a oírse el crujir del río en una creciente bravía que arrasaba a su paso todo lo que en el transcurso de un año de verano se había quedado en su cauce o cerca del mismo. Hojas secas de todo tipo se arremolinaban en cada uno de los recodos del río

en un hervor incesante y espumoso, desde el cual salía un hedor múltiple e indefinido.

Hacía meses que el río se había secado, cada uno de sus numerosos pozos apenas si conservaban en el fondo un círculo húmedo, casi mojado, donde se observaban blanqueando montones de pececillos, guasarapos y las múltiples huellas de aves de rapiña y zorros, que al parecer no les provocaba comer por el temor, seguramente, de no tener agua para calmar la sed causada por tan buena cacería sin necesidad de cazarla.

Serían las seis y media de la tarde cuando Rider, que así se llamaba el hombre de la metralleta y del sombrero cagao de pájaro, miró a lo largo del camino, retomó el sombrero, le miró por dentro donde tenía una marca de fábrica extraña, le plegó sus alas hacia la copa de tal forma que su parte delantera le quedó en forma de “V” al revés, lo puso en su cabeza y notó que se había alivianado, tomó el arma y se la terció al hombro en posición horizontal, con el cañón hacia el camino, al cual volvió a mirar sin encontrar nada en todo el trayecto que cubrió la vista.

Su compañero, ya incorporado desde hacía cierto tiempo, espero de éste cualquier tipo de iniciativa para seguirle. No sabía aquel si reiniciar la marcha, volver a sentarse sobre otra piedra o correr hacia el campamento. Sólo pareció centrarse en el ruido que desde lejos producía el río.

“Hoy tendremos que cruzar el puente”, se dijo entre dientes. Parecía sumergido en pensamientos de pesares, creyó oír la voz de Valentina, cuando después de hacer algo parecido al Amor le dijo: “Si vivieras conmigo te lo daría cada ratito”, y sintió pena de sí mismo al recordar que aquella noche cuando se encontraron en la Quebrada de Cariagüita le hizo “aquello” tan apurado, así, con todo puesto, sin bajarse el pantalón, por la misma bragueta y ella que le pedía: “Cálmate, ya va, poco a poco, tenga paciencia, no seas así, no va venir nadie, yo quiero tener un hijo con vos, que sea igualito pa’ que te amarre”. Pero él no aguantó nada y volvió una y otra y varias veces más. Hacía rato que le había hecho un amor largo y en varios capítulos, a pleno sol y, luego, bajo unos truenos que ni el mismo oyó porque no le interesaba si era lluvia o guerra lo que venía, sólo ella con sus resuellos cortos unas veces, largos casi todos, le aseguraba que la vida estaba bajo su mismo cuerpo, que la fertilidad de la tierra es porque todas las generaciones de animales y de gente hemos hecho el amor así hasta escarbar en ella con los codos, los pies, las rodillas y sembrar la semilla de esa vida, que sin ella no sirve de nada.

Sumergido, tal vez, estaría Rider recordando la última escaramuza cuando se acercó sigilosamente a unos hombres, enemigos supuestamente, en la entrada de Cabure y les hizo cuatro ráfagas

para dislocarlos y salir a toda carrera, él solo, ya que nadie le quiso acompañar por lo riesgoso del asunto y miró la escena de cuando aquellos corrían y hubo uno que se orinó el pantalón y otro que se puso en la cabeza la olla de cocinar a manera de casco protector y él se rio. De pronto, cuando Rafael, así se llamaba su compañero, le tomó del brazo y le dijo: “El puente se caerá hoy con esa enorme creciente y, además, será un peligro buscar pasar por él; ya que así lo harán los otros y los que no son los otros”.

Rider pareció no escuchar nada de su amigo, empero, esa era su gran preocupación, sabía que la “misión” que tenían que cumplir estaba dependiendo de cruzar el río, ésta, a su vez, dependía del puente y el puente dependía de a quien se le antojara pasar por allí, hasta el mismo río en su crecida lo hacía temblar y aquellos troncos viejos y podridos se mecían de un lado a otro cuando una o varias personas se le encaramaban. Hacía tiempo no se usaba el puente; pero esa tarde el que no lo usara se ahogaría y el que lo usara quién sabe.

Entre ambos pasó un murciélago dejando un hedor a él mismo, era un hedor tan exclusivo que pareció impregnar sus ropas, revoloteó a su alrededor en un zigzag maestro y preciso, que los ruidos que emitía parecían verdaderos celajes partiendo el espacio en líneas curvas tan seguras y precisas como el anuncio que su presencia

aseguraba la entrada de la noche. Sintió el hombre aquel olor fantasmal y casi se hizo la señal de la “Santísima Cruz”, al recordar que su abuela le decía que estos pertenecían al diablo y su reino les enviaba a buscar vidas y muerte.

Cuando casi llevaba la mano a la altura del pecho se acordó que para iniciar los puntos que indican la Cruz debía usar la mano izquierda y no la derecha. Sintió pena con su compañero al recordar lo que días antes había leído en un panfleto del partido: “El que crea en Dios no es revolucionario”. Optó por encomendarse mentalmente a todos los Santos que en el rincón de su casa tenía la abuela materna que le había criado.

Miró fijamente a su derecha donde una “tuna” conservaba pequeñas, pequeñísimas gotas de agua en sus espinas, las cuales daban la impresión que sudaban copiosamente.

Después de una espera que asusta, antes de llegar o antes de iniciarse lo anunciado hay miedo, hay desasosiego, hay temblor en el cuerpo, hay hervor en la sangre, parece acelerar el recorrido por el cuerpo que se relaja y bota el miedo después de iniciar lo trágicamente esperado.

Iba a iniciar la marcha cuando se acordó de algo que llevaba en la cantimplora y venía bien para el frío y el sereno. Aló, sin mirar, al puro tacto, el broche que aseguraba la tapa donde pendía el recipiente, lo tomó por el cuello, lo llevó a la altu-

ra del pecho, lo tomó con ambas manos, le hizo girar la tapa hacia la izquierda y desenroscó con tanta rapidez que el olor a cocuy no tuvo tiempo de salir antes de llevar el orificio de aquel a sus labios. Tomó un trago largo que mantuvo por un rato en su boca en forma de enjuague y sintió que ésta se le dormía placentemente. Por su nariz salía una especie de licor vaporizado que le hizo aguar, casi lagrimear sus ojos, bajó aquello por su paladar que parecía agredido por una hoja rugosa, lo llevó hasta su estómago y se posó en él para alborotarle todo lo que dentro de sí tenía. Le entregó la cantimplora a su compañero y pasó varias veces su mano derecha desde el pecho hasta el estómago como ayudando a bajar un “tarugo” que en su pecho le impedía hablar. El otro tomó cocuy en menos cantidad que él. Al regresarle el envase, ya tapado, aquel lo tomó, lo introdujo en la escudilla que había quedado en la forniture y al llegar hasta el fondo produjo un ruido seco y rodó su eco por la pierna de aquel, buscando la tierra como para sembrarse en ella.

Se inició en él un cambio casi hechicero, sintió el cuerpo liviano, un calor placentero, no sofocante, le arropó desde los pies. Empezó a sentir cierta belicosidad en los dedos y apretó la metralleta como asegurando con la izquierda que allí estaba con fidelidad, lealtad y nobleza. Con la izquierda tocó la cache de la pistola y rozó los hilachos o

flecos de aquella vaina desgastada y rota por los ramos espinosos que se prendían de una especie de lona parafinada con que estaba hecha lo que era una cartuchera.

Se oyó el ruido lejano de la planta generadora de luz en el pueblo de San Luis, observó hacia donde alumbraban muy pocos bombillos, tan pocos que podían ser contados desde lejos con la misma precisión con que ellos rompían el espacio en línea recta. Aún podía verse la iglesia sobresaliendo a todo lo demás y era imposible no correr la vista al paso de un hilacho de neblina que partía a la serranía a la altura de San Francisco y cubría la parte alta de Macuca, de forma silenciosa y precisa. Rememoró la osadía que tuvo cuando tomaron al pueblo y a él le tocó echar tiros con un fusil automático y entró a la policía con el cañón de aquel humeante y casi rojo con el cual marcó de por vida a un policía en su brazo y éste le agradeció la vida aunque le chamuscó su “cuero”, quedándole aquella señal sobre la que le había dejado una vacuna, puesta para evitar cualquier tipo de enfermedad.

Resopló una brisa en su cara venida por todo el cañón del camino y trajo hasta sus oídos las notas altas de una música imprecisa que, oída a lo lejos, parecía el mismo ondular que se produce en los oídos cuando se mece a un niño en un chinchorro. Fue imposible precisar la identidad y

la letra de la misma. Un raro recuerdo embargó todo su cuerpo y agudizó más el oído en busca de la música, que en pequeñas o minúsculas partículas, pasaba por el aire y se repartía en todos los oídos que por allí estaban, incluso, las avecillas volvieron a sacar su pico de entre las alas para suspender la cabeza más allá de su cuerpo y, junto con él, sentir desvanecer el disco que la antigua rocola de la vieja Gloria “tocaba”.

Rafael lo miró de abajo a arriba y sintió el temblor de sus fibras, penetradas por una especie de “Ave María Purísima”, que se les volvían elásticas y saltonas, a sus veintipico de años. Era un tipo tan ágil, tan atleta, tan sagaz y audaz que sus ojos relampagueantes no descansaban ni un minuto y eran capaces de ser atraídos por la caída de una hoja de algún árbol que a varios metros de distancia la enviaba a la tierra sin ninguna dificultad. Eran brazos extensos y tan prodigiosos que Rafael recordó como transformaban a aquel hombre pasivo en algo tan especial en el momento del combate, cuando por igual disparaba a lo “zurdo” que a lo derecho. Todo aquello le hacía sentir por él una especie de cosas buenas ajuntadas: admiración, cariño, respeto y complicidad con cualquier acto o gusto suyo, aunque fuera prohibido como aquel de beber cocuy que significaba un grave peligro y una flagrante violación de normas estatuidas no sé por quién, algún borracho, lo más cier-

to; sin embargo, siendo o no pecado, a él mismo le gustaba pecar dulcemente y en su compañía lo hacía con seguridad, sin ningún temor hacia amigos o enemigos, porque entre sus compañeros nadie se atrevía a formular un reclamo y frente al enemigo era injodible, tan era así que les gritaba con o sin groserías, o les pasaba por las calles del pueblo a plena luz del día y siempre salía con una hazaña con lo que fue conformando lo que a su alrededor se había tejido: una leyenda, una figura extraña para quien no le conocía y para quienes le conocían era lo que ahora estaba parado verticalmente frente a Rafael.

Éste último se desperezó levemente, le sonrió con sumisión y le dijo: “Si el amor naciera con uno no sufriríamos tanto en buscarlo. Lo que se busca es la querencia, el calor ajeno y las partes del cuerpo que al propio le faltan”, remató aquel con absoluta precisión.

Casi mecánicamente discurrió su mano hasta la cantimplora, repitió casi con exactitud la antigua operación con la diferencia que en esta oportunidad se la pasó primero a Rafael y éste, con un gesto de caballerosidad, quiso indicarle que lo hiciera primero y, además, le parecía que en todo su jefe debía tener prioridad. Rider estiró hasta lo último y en línea recta su brazo y la cantimplora tomada fuertemente por la mitad, frunció la frente tan bruscamente que el sombrero se le

movió hacia adelante, miró fijamente a Rafael y le ordenó fuertemente: “¡Beba pa'lante y pa'entro!”. Pareció aquello un júbilo con desafío y los dos (2) rieron simultáneamente sin saber de qué; pero parecían vivir las mismas sensaciones y emociones en aquel momento. Rafael tomó un trago corto y significativo. Rider debió haberle redoblado puesto que el “guargüero” le bajó y le subió dos veces y hasta le salió un ruido característico y universalmente conocido de su garganta al tragar aquello que parecía sangre de su sangre, luz de sus luces, olor de sus olores y diablo de sus propios diablos.

Ambos sentían el cambio en sus cuerpos y en sus almas, ya no había frío, ni pereza, no sentían miedo a nada ni a la muerte y el olor a murciélago había pasado o no querían sentirlo. Ahora todo era diferente para aquellos cuerpos livianos, tan livianos que parecían una pluma; poseían un valor tan arrecho que hasta ellos estaban internamente sorprendidos de sus mismos fueros, ya sus intestinos no se fruncían, todo era fluido y hasta la propia metralleta pareció cambiar de semblante, se mostraba más amiga, más dócil, más suya, tan así que la tomó con la mano izquierda, se la bajó del hombro y se la atravesó casi en su pecho y quiso decirle: “Si vos hablaras no seríamos tan amigos”.

El “bramar” del río se hizo más intenso y era inexplicable lo cerca que se oía, aunque se inter-

ponían dos filas de por medio, tal vez por ser casi de noche o estaba en aumento la creciente que bajaba desenfundada y en altos “burros de agua” desde la misma Sierra de San Luis, específicamente desde “Piedra de Agua”. Era un ruido quebrajoso y con miles de ecos. Parecía un trueno prolongado y largo como su propio cauce, no emitía tristezas, sino alegrías y se desplazaba aquel crujir por toda la tierra, parecía desbordarse hacia sus propias vegas y dejarles aquella capa barrosa, la cual tenía un color grisáceo y arenoso hasta que el sol se encarga de cuartear y se van levantando los tajos como pequeños cueros secos, debajo de ellos está la propia tierra negra, la vieja, la que pisamos antes, la que era polvo y al poner el pie sobre estos tajos se desmoronan y se ajuntan con la otra tierra, la firme, se amasan, se funden como debe ser porque la tierra es tierra y tierra siempre será aunque el río la “revuelque” o la revuelva.

Es ella quien le sirve de cañón para que produzca estos ecos alegres e indicadores de lo bueno, lo fresco, lo fértil y lo dulce que sacía la sed.

Una que otra vez se dejaban escuchar los golpes prolongados que producían piedras, troncos y barrancos cayendo a la corriente que los arrastraba dando tumbos contra sí mismos o contra la “barriga” de las orillas del mismo río. Con aquellos se confundía el silbido de las ramas de algún árbol acostado por la corriente y sostenido en su tronco

que el río parecía jugar con él y unas veces le dejaba enderezarse, dándole a entender que aminoraba sus aguas y de golpe crecía más y volvía a tumbar aquel árbol y tapaba todas sus hojas y le quitaba centenares de ellas y varias de sus ramas. Por último, éste volvía a incorporarse poco a poco y no se podía saber a qué especie pertenecía o cómo le llamaban, ya que estaba embarrado y sus conchas habían quedado transformadas, desde sus cogollos caían peloticas de barro o una especie de tierra líquida, que al caer al suelo o al mismo río producía un pequeño ruido que iba a unirse con todo aquello, amenizado por cantar de sapos, ranas, ranecos, grillos, bramar de vacas, rebuznar de burros, gritos de burros, truenos sin fuerzas y un relámpago en dirección a Juncalito que, inesperadamente, iluminaba el inicio de la noche, encandiló de luz al mundo y marcó el Oeste.

La rocola había dejado de “tocar” y sólo pareció marcar cinco discos, señal que el usuario le introdujo un “bolivita” solamente.

La correa de la metralleta deslizó hacia la parte delantera del hombro de quien la portaba, tal vez, producto de lo informe o desbalanceado de su peso y el cañón quedó en dirección a sus pies. Con rapidez la tomó por la empuñadura anterior y le dejó en esa posición, porque sintió comodidad aunque pensaba devolverla a su posición inicial, en un acto de cierta ira ante la “desobe-

diencia” de aquella. Con la otra mano se echó el sombrero hacia atrás, dejando al descubierto una señal rojiza más arriba de las cejas, lo cual indicaba cierta estrechez del mismo en su frente.

Volvieron a tomar el cocuy y en esta oportunidad sacó del bolsillo de su camisa un envoltorio plástico, dentro del cual estaban totalmente secos unos cigarrillos sin caja y varios fósforos en caja. Le obsequió uno a su compañero quien lo enderezó con el índice y el pulgar dándole varias vueltas y luego lo golpeó sutilmente por el filtro contra la uña del pulgar izquierdo.

De repente se sintió encandilado por la pequeña llama que su compañero casi le pegó en la boca, tratando de unir la punta de ésta con la del cigarrillo, sin percatarse que éste aún permanecía en las manos de su dueño quien, con insólita habilidad, lo llevó a sus labios y aspiró la primera bocanada de humo que le hizo sentir un dulzor extraño por efecto del cocuy que se había vuelto agradable al juntarse con el humo. Se impregnó el ambiente y aquel olor resaltaba más de lo normal o acostumbrado y sintieron ambos unas ganas inmensas de repetir otro “palo e cocuy”. Al comprobar que aquella mezcla era hechicera y conmovedoramente transformadora por lo que empezaba a brotar en ellos otros hombres, otros deseos, otras ideas, otros sentimientos, otros instintos y una gran alegría mezclada con tristezas tardías.

Aquel primer cigarro lo bajaron en pequeños ratos en grandes succiones de aires ahumados, quedaron los chicotes y cada uno lo apagó con el frío barroso del suelo para oír aquel chillido delgado y fino.

Parecía transformado todo el ambiente, el mundo iniciaba un cambio tan sustancial que los árboles traspiraban seguridad y sobre todo se habían habituado a tanto humo de las muchas quemazones que precedieron la llegada de la lluvia.

Sintieron la diferencia de un trago a otro y ello conminó en Rider una rara opinión: “No todo lo que anda junto es igual, ni te fíes al creer que los demás piensan como tú”.

Rafael, un tanto desconcertado y fiel a la chispa de su patria España que desde allá se había venido tras el grito de la revolución, le ripostó con cierto temor: “Ni todo el que te lanza mierda encima es tu enemigo; ni quien te saca de la mierda necesariamente es tu amigo”.

Un enorme trueno sacudió todo aquel inmenso mundo y pareció el despedazamiento del mismo, el cercano cielo se agrietaba y en sus compuertas aparecieron varias capas espesas de nubes montadas unas sobre otras y en diferentes colores y espesuras como anunciando que el mismo se había llenado de agua por tanto tiempo y apenas iniciaba un leve pringoteo en comparación con lo que llegaría en adelante.

Fue tan estruendoso y sorpresivo aquello que Rider se lanzó de pecho al barro, como instinto de conservación guerrillera y el encandilamiento le duró largo rato en sus dilatadas pupilas. No hallaba como incorporarse creyendo no ensuciar de barro sus manos cuando ya todo su cuerpo se había cubierto. Quiso indignarse, al mismo tiempo pensó que de haber sido una ráfaga enemiga no le hubiese alcanzado por falta de reflejos. Al levantarse le dijo a su compañero: “Hay que andar con el cuerpo liviano y aceitaíto pa’ que las coyunturas se doblen a tiempo y los tiros los enfríe el viento y no las tripas de uno; es preferible batí barro o partí espinas, antes que morí en el aire como un pendejo”.

Antes de reemprender la marcha intercambiaron opiniones sobre el rumbo a seguir. No parecía haber otra alternativa diferente al puente, era inevitable cruzarlo o no cruzarlo y quedarse antes del río hasta llegar a Los Chinchorros, donde acampaba el grueso de tropa guerrillera que en estos primeros años del 60 había permitido el pase a la gran fama de la Sierra. Tan era así que Rafael, el compañero de Rider, había llegado desde España a pelear por una revolución que tal vez no le incumbía; pero en el fondo parecía el nuevo grito de Bolívar, Martí, Cervantes y tantos que desde la misma Extremadura, allá en su patria, ampliaba el eco de los que no tienen patria, los

que ven las fronteras como casual e imaginarias para dividir al mundo.

Y cuando Rider entendió que su amigo era español sintió grandes deseos de preguntarle por España. No sabía qué preguntar de ella; ya que sólo conocía lo que el maestro de segundo grado repetía: “España nos colonizó, nosotros éramos colonia y Bolívar nos libertó”; pues, ahora los propios españoles ayudando a redentar a la Patria que nos dejó. Nunca pudo preguntar si era verdad que a España la apellidan Península, si existe Extremadura, si el siglo de las luces y Alejo Carpentier volverán por el rumbo de la ibérica, sólo memorizó algo que de chinchorro a chinchorro le dijo una noche que no llovía: “... en esta vida es indispensable ser férreamente honesto, no bolsa, tener orgullo pero no egoísmo, valor sin atorrancia, hidalguía no mezquindad, audacia no rencilla, constancia, nunca de rodillas, poeta no bohemio, hombría en la palabra y en el amor darse hasta donde el corazón llegue”.

Es más, casi llegó a dudar que fuera extranjero español por tanta identidad, compromiso y solidaridad expresada en todo lo que significó un trajinar tan borrascoso como al que juntos habían llegado, desde que vino a Venezuela y, concretamente, a las montañas de Iracara o el Paso de Acurigua. Lo más difícil había sido en combates como el de El Paso, en el río Mitare, en Pueblo

Nuevo, en el Picure, Guarecuco, El Jobo, Cabure y ahora que no sabía si el combate sería con el río. Más allá de la quebrada de Chipare, en la primera casa de La Encrucijada, algo se tramaba en conversas siciadas y secretas. A unos quinientos metros la unidad militar, tipo cazadores, al estilo ranger, esperaba muy sigilosa y pacientemente el mensaje que debía salir de esta casa, dado que su dueño se aventuraba a jugar a dos cartas; en una se anotaba con Rafael y Rider y en otra servía de espía a quienes ahora esperaban por su mensaje. Buenas noches, saludó Rider al llegar.

Se entumeció el ambiente. Era a quien esperaban. Sin embargo, el viejo borrachón, con siete hermosas hijas, le puso la de siempre a la orden de Rider para conversar, bailar y entretenerlo para la información precisa por donde se irían aquella noche después de la farra.

“Es inevitable irnos por el puente”, comentó Rider. Silenciosamente la noche al abrir su hocico negro y profundo se convierte en aliada de unos y adversaria de otros y en esta oportunidad pareció transmitir aquel mensaje a través de quien escurridizamente alertaba y alentaba a los que, sedientamente, esperaban por él. Movimientos extraños se cruzaban en las tinieblas de la noche, nervios alterados, corri-corri desesperados, alterado el ambiente y, trastocado, el riel del tiempo pareció detenerse; es más, para ambos todo pare-

ció imperceptible, tal vez por la alianza del amor y el licor: ambos embriagan y entorpecen cuando la guerra está de por medio.

La presencia de un adolescente rompió el silencio del murmullo, partió en pedazos las barreras creadas por las armas y sus olores característicos, al igual que el ambiente sulfuroso, amasado con sudores agrios y de varias faenas ajuntadas con el remojo del agua lluviosa que apenas llega y hasta matizado por un toque femenino, casi enamorado o alucinado por la fama y prestigio bien ganados por el hombre capaz de liderar la última guerra que su generación inventó como sueño de cambio, como vía de vida y destrucción de vidas y de ello charlaba con sus interlocutores, al decirles que las avenas negras y el potaje que estaban repartiendo en las escuelas era una trastada de los yanquis y Kennedy que, mediante la Alianza para el Progreso, pretendían impedir que hiciéramos la revolución contra el hambre... y el muchacho siguió pendiente recordando sus hambres y la de sus hermanos, pensando que a ellos no llegaban ni avenas, ni sardinas, ni escuelas, ni ropas. Solamente se le vino a la mente cuando el Teniente Veneno, de los cazadores, lo amarró, ató en la quebrada de la Guarabita y lo torturaron, lo humillaron, lo llevaron al Teatro de Operaciones a preguntarle por lo que menos sabía y por gente que no conocía...y miró la metralleta y al hom-

bre que allí la portaba al recordar que cuando su papá lo mandaba a dejar un saco con comida en el tronco de la Cumarica, que está cerca de Los Chinchorros, quien la retiraba era el mismo hombre que ahora estaba enfrente, al que tenía tantas ganas de conocer, al Rider que hacía temblar a las comisiones militares, y ocurre que tenía tiempo conociéndole y le imaginaba con cara e' monstruo y muy barbón e impenetrable humanamente, cara e' matón, etc. Le tenía allí, todo lo contrario y abrazado a una de las hembras más deseadas y gustosas de este semiglobo serrano, y se le notaban los ojos ebrios de amor y cocuy y... quién no. Se dijo para sus adentros.

El hombre le pasó la metralleta MADSEN con seguridad y desafío, consciente del efecto alucinador que ésta causaba en el muchacho, quien la tomó y se la terció al hombro y tomándole el peso hizo un gesto de poder con ella, que estaba dispuesto a tomar rumbo en busca de una revolución desconocida y sin hambre, sintiendo el hormigueo en el cuerpo tan indescifrable como el canto de San Antonio o cristofué, que en ese momento rompió la incógnita de la noche y pensó en la tira-tira y se la tocó en el bolsillo, recordando que su mamá le dijo que el muchacho que mate a una de estas avecillas se le morirá el papá y si mata una “mama flor” o chupaflor se le morirá la mamá y el no quería que se le muriera ninguno de los dos; pero algún día

haría la prueba para ver si era verdad o era un vulgar método conservacionista.

Fue en ese momento cuando Rider le dijo: “Hoy no será bueno que te incorpores, mejor te aguantas y nosotros te buscamos”.

Ya se había imaginado en el campamento de Los Chinchorros o en las emboscadas como la de El Jobo o en el combate de El Paso, donde el gobierno corrió en chores, ya que estaban haciendo un juego e’ pelota y pelearon tanto que un soldado se atrincheró con varios fales y mató a uno de los jefes de la revuelta o combate llamado Miguel, descargó todos los fusiles y después corrió como un becerro, haciéndole honor a su apellido...

Entendió que no podía irse aquella noche y también que debía irse a su casa porque, posiblemente, en materia de amor le estaría echando la burra pal’ monte a Rider.

Antes de despedirse y entregar la metralleta y con las manos estrechadas en un saludo apretado le preguntó: “¿Cuántos años tienes? Sí hoy es 17 de marzo de 1965 el próximo mes cumpliré catorce y en el cuartel reciben a uno es a los dieciocho. No chico, ya puedes, la revolución es como el amor que no tiene edad. Lo demás lo entenderás después y te aseguro que serás un tronco e’ combatiente. “Me llaman Hilario y me apellidan Navarro, soy del Ramonal, en la parte fría de la Sierra, estoy acá en dependencia de un patrón

que tal como sábado descoronado mantiene en su cuarto unos papeles que recién lanzó una avioneta desde el aire. Por no saber leer ni escribir no conozco su significado. Alguien comentó que en ellos ofrecen dos mil bolívares por la cabeza suya”. “Huuy”. Se le salió aquella expresión e imaginó su cabeza guindada en cualquier plaza menor o mayor de algún pueblo.

Alivianado por el desahogo de un amor apurado y noctámbulo quiso reanudar la marcha en apuros... e hizo un ejercicio mental comparando el amor hecho al medio día con Tina en plena quebrada y con el sol a medio cielo y estregando su espalda, por lo que suspiró obnubilado en aquel. Éste amor último lo hizo vacilar y perdió la mirada hacia el cerro Cuamay soltando cortas palabras espontáneas y desplanificadas:

“A vainas arrechas le ocurren al hombre”.

Su compañero le miró con ebriedad a los ojos diciéndole:

“Y la mujer es la que más envaina a uno creándole guerras del alma y de otros caracteres”.

Se paralizó motivado por un palpito extraño y miró hacia la casa del recién pasado amor y la encontró atravesada en el camino con la indecisión de quien no tiene rumbos definidos ni en la vida ni en la noche.

Todos los perros del vecindario parecían haber entrado en una ruina colectiva y formaban un

escándalo que se multiplicaba en eco de sus ladridos formado a lo largo de todo el cajón del río.

Reiniciaron una marcha pesadumbrosa y muda, sintiéndose atraídos por el crujir del río, que aún distante, impregnaba esotéricamente al ambiente e iban en fila india, unas veces, emparejados las más, conversando no sabían que cosas.

La distancia existente al primer extremo del puente se acortaba cada vez y la marcha era un pasitrote tan apurado que daban la impresión de estar atraídos por un imán maldito...Y el pase por la Laguna del Loro fue tan rápido que no dio tiempo a la mente de pensar en los famosos espantos que allí salen desde tiempos inmemoriales. Sólo el ladrar de otros perros, que junto a su dueño habitaban la única casa cercana al río, pudo romper tinieblas y alertar sobre el efímero tránsito de los dos hombres por el empedrado camino.

Los grillos, dueños de la media noche, parecían subvertir su canto ante el tronido del río. Inició el descanso aquel hombre, se llevó la mano izquierda a la faldiguera trasera del pantalón y sacó una linterna con la cual “partió” el puente por la mitad y enfocó un “tubo” amarillo de luz hacia un extremo, e indagó en ambos con cierta minuciosidad sin encontrar más que el silencio de todo animal nocturno detestante de la luz como trampa de muerte o encandilante de rumbos.

Dio un primer paso y sintió crujir el puente, alumbró hacia abajo del mismo encontrando los borbollones arcillosos y agrestes del río en su crecida de espantos y sueños. Tembló el puente y a ambos les pareció hundirse juntos y revueltos. Se “meció” cual chinchorro viejo ante huéspedes nuevos.

Al filo de los viejos leños resbaló una vez más y recuperó el equilibrio ante la sorpresa de su amigo, quien no pudo evitar cierto trastabilleo. Las pocas porciones de tierra que cubrían al puente caían al río, convertidas en “terrones”, produciendo un ruido tan singular que su eco volvía a chocar con éste desde abajo, salpicándole de aguas y tierras nuevas. Fantasmalmente salió una voz extraña y se cayó el silencio, se precipitó el puente, se precipitó la vida con diabólicos gritos de muerte, decenas de ráfagas y descargas rompieron la noche. El río cambió sus aguas y pareció detenerse para callar a los “fusiles americanos” que partieron la noche y descuartizaron cuerpos sin dejarles caer al suelo y, por cierto tiempo, aún muertos en el aire.

Todo pasó como estaba previsto. Se inició la cuenta regresiva hasta que aparecieron los “clarones” del día. Saltó el Jefe del grupo, miró dos cadáveres cedaceados por sus balas, al lado de Rider un sombrero con muchos caminos balísticos, una faja, desprendida de su cuerpo en pedazos, una metralleta perforada sin accionar, una pisto-

la acariciada por una mano que instintivamente trató de accionarla. El Teniente le miró a la cara y recordó a quien meses antes le había perdonado la vida cuando le capturó en la Curva de El Jobo. Desenvainó un cuchillo y le cortó ambas manos, tomó las armas en señal de triunfo, revisó su gruesa camisa y extrajo dos carnets: uno le acreditaba como Sargento de la Guardia Nacional, otro como venezolano y nombrado: RIDER COLINA.

Cortó ramas de varias especies y le cubrió todo el cuerpo, las manos sangrantes fueron unidas con un fino cordobán atando sus dedos, para luego atarlas a las fornituras. Cuando llegó el transporte militar fueron paseados los restos por todos los pueblos cercanos y mostrados en cada punto de control, cual señal de triunfo, como parecía serlo. Transcurridos varios años de aquel hecho tan singular y enigmático para el río y corrientes del mismo, a escasos metros del puente, fue fusilado, con treinta disparos y otras menudencias, el hombre que era el patrón del niño que aquella noche acarició por vez primera la sub-ametralladora que portaba Rider. En el pecho del fusilado una breve nota:

Seguirá tronando el río y con sus ruidos seguirá tomando venganza por traiciones que en sus corrientes se han cometido. H.N.

GLOSARIO

- 1.Casetos: arbustos
- 2.Celajes: destello en la oscuridad
- 3.Chaza: rastro
- 4.Chirrita: avecilla. Ave minúscula.
- 5.Chubicos: tipo de ciempiés
- 6.Coropa: cabeza
- 7.Corozobo: pájaro
- 8.Cumucho: hormiga, tipo bachaco
- 9.Guasarapos: larva del sapo
- 10.Igüira: ave
- 11.Malartoso: desagradable
- 12.Malojero: siembra de maíz no lograda
- 13.Ruinura: cielo, entempado
- 14.Tecales: arbustos con plantas tipo piña
- 15.Tira tira: honda, fonda















Contenido

PRÓLOGO	5
DEL CURRO FABULADOR	15
EL CERETÓN DE CARIAGÜITA	17
EL ÁNIMA DE CAMPO SOLO	43
LOS RUIDOS DEL RÍO	55

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 10 de junio de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el marco de la 7ma Feria Independiente del Libro de Maracaibo.

sultanadellago.com